

OBRAS DEL AUTOR.

ROMANCERO DE LA GUERRA DE AFRICA.

EL LIBRO DE MARÍA.

EL LAUREL DE LOS LAURELES, paso dramático en verso.

CARTAS TRASCENDENTALES, comedia en un acto y en verso.

PREPARADA PARA LA IMPRENTA.

MI LIBRO VERDE, cuentos y cuadros de costumbres.

Esta obra se halla de venta en la *Administracion*, calle del Príncipe, 25, librería, y en las principales de Madrid,

LAS CUATRO ESTACIONES. 1877

EDUARDO BUSTILLO

LAS CUATRO ESTACIONES

POESÍAS



UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



0500767902

DRPS
FA
492



OBRAS DEL AUTOR.

ROMANCERO DE LA GUERRA DE AFRICA.

EL LIBRO DE MARÍA.

EL LAUREL DE LOS LAURELES, paso dramático en verso.

CARTAS TRASCENDENTALES, comedia en un acto y en verso.

PREPARADA PARA LA IMPRENTA.

MI LIBRO VERDE, cuentos y cuadros de costumbres.

Esta obra se halla de venta en la *Administracion*, calle del Príncipe, 25, librería, y en las principales de Madrid, al precio de 14 reales, y 16 en Provincias.

IMPRESA DE T. FORTANET.

Bustillo / LAS CUATRO ESTACIONES. 1877

EDUARDO BUSTILLO

LAS CUATRO ESTACIONES

POESÍAS



MADRID

LIBRERÍA DE EDUARDO MARTINEZ
(SUCESORES DE ESCRIBANO)

CALLE DEL PRÍNCIPE, 25

1877

FL DRAS FA/0492

0500767902

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

ROMANCERO DE LA GUERRA DE ÁFRICA (7.^a edición).

EL LIBRO DE MARÍA.

EL LAUREL DE LOS LAUREADOS, paso dramático, en verso, escrito para honrar la memoria del célebre artista D. Julian Romea.

LAS CUATRO ESTACIONES, colección de poesías.

PREPARADAS PARA LA IMPRENTA.

MI LIBRO VERDE, cuentos y bocetos de costumbres contemporáneas.

CARTAS TRASCENDENTALES, comedia en un acto y en verso.

LAS
CUATRO ESTACIONES

POESÍAS

DE

EDUARDO BUSTILLO

MADRID

IMPRENTA DE T. FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, 29

1877



UNIVERSITAT D'ALACANT
UNIVERSIDAD DE ALICANTE
BIBLIOTECA

Nº COPIA.....

Esta obra es propiedad del autor, que se reserva los derechos correspondientes, hecho el depósito que la ley exige.



PRÓLOGO.

CONTRA la práctica más admitida en nuestras costumbres literarias, sobre todo cuando un poeta se resuelve á dar á luz una colección de sus versos, ofrézcode la mía, lector piadoso, sin prólogo de ajena y mejor cortada pluma; porque si el prólogo ha de ser una explicacion sencilla de lo que es la obra y de lo que con ella el autor se propone, creo que nadie mejor que el autor mismo pudiera hacerlo.

Protesto aquí, sin embargo, de mi respeto profundo á la opinion y los móviles

de los que, á juzgar por su conducta, no están conformes con esta mi creencia, expresada ya al frente de la segunda edicion de mi *Romancero de la guerra de Africa*, libro que más que otro mio necesitaba del padrinzgo de una autoridad competente en las letras españolas, por ser el primero con que aparecia en la cada vez más re-vuelta y azarosa república.

Sin la opinion mia, á que quiero seguir siendo fiel en la práctica, no hubiera faltado padrino para mis *Cuatro Estaciones* poéticas, pues de seguro lo hubiera sido en extremo solícito y cariñoso cualquiera de los célebres escritores y eminentes poetas que honra tan preciada me han ofrecido, estimulándome con sus consejos y amistosas instancias á formar esta coleccion, que acaso, en vida mia, no se daría á la estampa sin estímulo para mí tan valioso y de tanta fuerza.

Conste, pues, mi gratitud públicamen-

te, como privadamente les consta, á esas competentísimas autoridades, cuyos nombres me abstengo de citar aquí, pues no quisiera que, con mi denuncia, aparecieran responsables en cierto modo de los muchos y graves defectos que aún el lector más benévolo ha de encontrar en mis poéticas composiciones.

Escritas están éstas en diferentes épocas de mi vida; hijas son casi todas de espontáneos movimientos del ánimo; expresion exclusiva á veces de un subjetivismo profundo, que es, en mi entender, en mayor ó menor medida, uno de los caractéres inseparables de la poesía de todos los tiempos, pues sin él no se cumpliría la ley eterna entre todas las leyes del arte, expresada en su lacónico precepto proverbial *Si vis me flere...* por el inmortal poeta latino.

Al reunir, pues, trabajosamente por cierto, todos esos dispersos pedazos de mi

corazon; al verlos ante mis ojos hablándome sencilla y elocuentemente de mis recuerdos, de mis esperanzas, de alegrías inefables, de tristezas infinitas, de santas creencias, de dudas desconsoladoras; al contemplar en ellos el compendio de toda una existencia y el resúmen de las vicisitudes de la vida humana, me propuse desde luégo dar la posible armonía al conjunto, de modo que resultase cierta unidad aún en medio de la variedad, como resulta uno el tiempo, á pesar de las bruscas transformaciones estacionales.

Y he ahí como se explica que me saliese al paso el título de *Las cuatro estaciones*, cuando en busca de uno algo nuevo y un tanto más adecuado corría mi imaginacion desalentada, pues no es esa la tarea más fácil del que trata de ofrecer al público una coleccion de sus poesias.

Declaro desde luego que ese título trazó por sí sólo el camino que habia de se-

guir en mi trabajoso empeño, por más que la instintiva inclinacion que siempre me ha llevado á relacionar en mis cantos las manifestaciones, por decirlo así, de la vida íntima de la naturaleza con las secretas palpitations del corazon humano, me presentase ya los materiales no mal dispuestos del todo.

Para que no faltase esa unidad en la variedad de que ántes he hablado, tenía que dar principio dejando olvidadas, para formar en su dia otro volúmen, todas las composiciones festivas y epigramáticas que por su tono y su intencion, pudiesen perjudicar á la intencion y al tono general á que el título obligaba.

Así es que sólo me he atrevido á incluir en la coleccion la letrilla *Don Quijote y Sancho Panza* y alguna otra poesía de ese género, más atento al fondo, hasta cierto punto trascendental y filosófico de las mismas, que á la forma festiva y lige-

ra con que los asuntos estaban tratados.

Debia despues, con presencia de todos los trabajos reunidos, ordenarlos, clasificarlos *estacionalmente*, y depurarlos de sus incorrecciones en la medida de mis fuerzas y de mi conciencia literaria, y tambien del respeto y la gratitud que debo al público que tanto favor y tan señalada benevolencia ha dispensado á mis obras anteriores.

Faltaba todavía algo más que hacer. Puesto que arrancaba de mi *Romancero de Africa*, por su triste y melancólico carácter invernal, la leyenda de *La casa del renegado*, para que acompañase en la coleccion, más correcta y pura de forma, al primaveral poemita *Pájaros y hombres*, mi más cuidado y querido trabajo lírico, era justo tambien que apareciesen al lado composiciones completamente inéditas y que á la vez diesen el tono y colorido posibles al conjunto.

Respondiendo á esa justa necesidad, escribí expresamente la *Introduccion* del libro, en que se hermanan las estaciones de la naturaleza con las edades del hombre; los recuerdos de la vida de una *Rosa*, diseminados en las cuatro partes de la coleccion; algunos de los *Cantares* que más carácter prestan á la obra, y casi todos los breves y compendiosos arranques del corazon que aparecen juntos y comprendidos con el tal vez caprichoso epígrafe de *Dias lluviosos*, que pudiera más propiamente haber llamado *Dias de tristes recuerdos*.

Esas composiciones, la introduccion del *Poema de este infierno*, y casi todos los sonetos se imprimen ahora por vez primera, y así tambien algo nuevo, ya que no bueno, encontrarán en mi libro, si acaso le hallasen á la mano, especialmente los lectores de *El Museo Universal*, *La Ilustracion Española y Americana*, y otros acreditados periódicos literarios en que, para honra

mia, he colaborado con alguna frecuencia.

No he querido seguir el generalmente adoptado sistema de las fechas al pié de las composiciones, no sólo porque el lector y aún quizás ni el mismo crítico suelen tomarse el trabajo de estudiar los progresos del poeta, al que ha de exigirse incondicionalmente y sin salvedades, la responsabilidad paternal de todos los trabajos que colecciona, sino también porque tal sistema traeria consigo obligadas precedencias, en pugna con el plan general de la obra.

Y, despues de todo, ¿para quién las fechas? ¿Para los lectores aficionados y sensibles que con razon se ocupan sólo de si los arranques de la lira responden á un pensamiento profundo, ó á un sentimiento verosímil, natural y legítimo del corazon humano? ¿Para el crítico, que, si tiene todas las condiciones de tal, comprende demasiado si los acentos que oye atentamente son los vagidos del poeta en la cuna, ó

las altas voces de la pasion del hombre en medio de las luchas de la vida, ó los ecos profundos y melancólicos de un corazon herido verdaderamente por el desengaño y los dolores?...

¿Serán las fechas acaso para el poeta mismo? ¡Ay! harto impresos tiene el poeta que siente lo que canta, pues en lo que se canta sin sentirse nunca existe el poeta, los rápidos dias alegres y las largas y tristes noches de insomnio en que fué durante su vida arrancando con gritos, susurros, ayes, suspiros y lamentos, esos pedazos de su corazon que á través del cristal de sus lágrimas ve reunidos al cabo, como ahora yo los veo, para entregarlos estremecido por dudas crueles ó fundados temores al torbellino asolador de una época indiferente á todos los gritos que no sean los de la lucha política ó los del combate acerado y egoista de los materiales intereses.

El que personalmente conozca al humilde autor de *Las cuatro estaciones*, tal vez para cantar en la última le encuentre demasiado jóven; pero á quien tal juzgase, le diría el autor, que el que ha pasado por todas las amarguras y vicisitudes de la vida; el que tiene además hijos casi mozos que en su harto rápido crecimiento le empujan con sobresaltos, dudas y recelos, que trabajan el corazón de un padre, al límite de la existencia, como las aguas de un río que se desborda arrojan á la ribera las florecillas de la fuente que fué su cuna; á la vista de las puertas de la vejez, siente ya el frío de la vejez misma, como en las últimas tardes del otoño suele sentirse en algunos climas el frío más seco y penetrante del invierno.

Arrastrado por mis afecciones, he traspasado los límites de mi propósito de prologuista. Explicado queda el libro á los lectores, á los que suplico le reciban con

aquella benevolencia con que otros míos acogieron, y aún más, que escuchen, ya que no la voz humilde del poeta, á un corazón que alguna vez, entre tantas, responderá á los misteriosos latidos de sus propios corazones.

EDUARDO BUSTILLO.

Madrid 5 de Febrero de 1877.

INTRODUCCION.

LAS CUATRO ESTACIONES.

I.

PRIMAVERA del año,
dulce y hermosa!
El hombre te sonríe,
pero t  lloras.
Lloras, apénas naces,
sobre las hojas
que en el árbol verdean
cuando t  asomas.

Ap enas nace el niño,
su llanto brota,
y cae sobre esperanzas
que cuerpo toman
en un alma de madre

de gozo loca,
 más niña que aquel niño
 que nace y llora.

De tu Abril son las lluvias
 consoladoras ;
 mas tu sol aun derrite
 las blancas tocas
 que dió el invierno al monte
 como corona,
 y aun trae frio tu linda
 cara de rosa.

Así empieza la infancia
 que el hombre goza,
 de lágrimas y frio
 primeras horas.
 Las del niño y el viejo
 casi se tocan,
 y así rueda la cuna
 junto á la fosa.

Al soplo de tus auras,
 se desarrollan
 sentimientos de pájaros
 y mariposas.

De flor en flor van ellas,
 y allá, en la fronda,
 ellos anidan, cantan
 y se enamoran.

A la luz de quimeras
 que el alma forja,
 pronto al amor el hombre
 sabe dar forma.
 Aún en la primavera,
 y ya se arroja
 al estival incendio
 que lo devora.

II.

ESTÍO, jóven del año!
 De fuego en carro pascas,
 y en tí mismo te recreas
 y á tí mismo te haces daño.
 Buscan las aves el baño
 heridas por tu calor;
 falto de aire , en su dolor
 calla el malvis, y en la siesta
 enmudece la floresta,
 pues ya no canta el amor.

Por su propia llama ciego
 el hombre corre en su estío;
 nació llorando de frío,
 crece jugando con fuego.
 La pasión le enciende luego
 y le ahoga y causa espanto,
 y ¡adios, candoroso encanto
 de la primera ilusión,
 si se abrasa el corazón
 con sed de su propio llanto!

Tú, con tus vivos ardores,
 los frutos dorando vienes:
 mas con el fuego que tienes
 vas agostando las flores.
 Sus inocentes amores
 lloran ellas en su cuna,
 y huyen tu llama importuna
 cerrando el ajado broche,
 y ansiando morir de noche
 al resplandor de la luna.

De tu edad con la inclemencia,
 del alma el calor gastando,
 viene el hombre madurando
 el fruto de la experiencia.

Mas la flor de la inocencia
 muere en el fuego de un día,
 y no hay paz, no hay alegría
 en el corazón humano,
 que ya siente en el verano
 la otoñal melancolía.

III.

OTOÑO, que apareces
 de frutos coronado!
 Dentro llevas el germen del invierno,
 aunque algo traes del fuego del verano.
 Entre el calor y el frío,
 ya pródigo, ya avaro,
 ó el fruto por el suelo desparramas,
 ó lo apilas con ansia de guardarlo.

Así en tu edad contemplo
 al corazón humano:
 aún con su ardor le encienden las pasiones,
 y el frío sufre ya del desengaño.
 Y el hombre, así del alma
 enfermo tercianario,
 ya el corazón derrocha con la fiebre,
 ya le guarda con miedo de gastarlo.

Viendo estoy aquel tordo
que sobre el roble, ufano,
silbaba la cancion de sus amores
en la alborada del florido mayo.

De la vid y la parra
los frutos devorando,
busca ya los placeres de la orgía
y en ella olvida sus amores castos.

¡Ay! en tu edad, á veces
el hombre, ya gastado,
ahoga en vinos del festin recuerdos
del santo amor de sus primeros años.

Busca el calor perdido
las copas apurando;
pero pasa la fiebre, y en el alma
crece del frio el doloroso estrago.

¿Qué hablan las golondrinas
junto al viejo techado,
al oír el crujido de las hojas
que secas y amarillas caen del árbol?
Vuelan, mirando á un punto,
y tornan revolando,
y dicen que se van y les da pena
dejar su nido allí, tan solitario.

¿Qué murmura, qué dice
con sus acentos vagos
el corazon, que su camino acaba
viendo la dicha en sus primeros pasos?
Recuerdos melancólicos
de placeres gozados!
Flores muertas de otoño, que ya anuncian
las tristes invernadas del anciano!...

IV.

INVIERNO, que vienes temblando de frio!
Escarchas y hielos te rinden y abruman;
sin vida los campos, tu frente nos muestran
con surcos profundos que abrieron las lluvias.
Tus blancos cabellos son copos de nieve,
la luz en tus ojos apenas fulgura,
si alguna vez ries, tan triste es tu risa,
que estrella parece que tiembla y se nubla.

Así el hombre anciano la vida abandona,
así, ya rendido, se acerca á la tumba;
trabajos, dolores, torrentes de lágrimas
su pálido rostro surcaron de arrugas.

Allá en su mirada, si brilla un instante,
tal vez de un recuerdo la luz se descubra,

ó de una esperanza fulgores tan vagos,
que el alma le hieren y apénas la alumbran.

¡Buen viejo del año! tu sol también luce,
y si él con sonrisas deshace la bruma,
sin miedo á la nieve, se alegran los pájaros
y ensayan su acento, secando sus plumas.

Tropel bullicioso formando en bandadas,
al fin se esperezan, y ¡qué ávidos buscan
las migas del pobre, ó el grano perdido,
ó el tímido insecto que el césped oculta!

También, á la lumbre del sol de su invierno,
el hombre se anima, y oír se figura
dulcísimas frases de alegres canciones
que acaso arrullaron su sueño en la cuna.

Y en esos momentos, en esos tan solo,
á veces del joven la fuerza simula,
y vuelve la vista, buscando, ya tarde,
la vida jugada del mundo en las luchas.

Escucho en tus mares fragor imponente;
las olas levantan montañas de espuma,
y miro á la vieja gaviota posarse
allá en el islote que baten con furia.

Por sí nada teme; vivió en las tormentas;

mas se oyen á ratos las notas agudas,
los gritos de madre, que al blanco polluelo
reclaman al nido con santa ternura.

Consejas curiosas relata el anciano,
y en torno los nietos, alegres le escuchan;
y al fin, ya dormidos, el viejo á la lumbre,
pensando en la vida, medroso se turba.

Recuerda pasiones y horribles tormentas,
y él sale del mundo, por sí no se asusta;
mas viendo á sus niños marchar al combate,
temores le acaban, y penas, y dudas.



PRIMAVERALES.

GRACIA DE DIOS.

A LOS NIÑOS.

Cuando elevais hasta el cielo
las inocentes miradas
y en la estrella que fulgura
vuestro candor se retrata ;
esa apacible sonrisa
que por vuestros labios vaga,
es la sonrisa de un ángel
que os trae la gloria en sus alas.

Y es que á vuestro pensamiento
vanos delirios no arrastran,
ni á vuestra conciencia pura
el remordimiento asalta,
ni recuerdos os inquietan,
ni os desvelan esperanzas.

Apenas con sus misterios
llega la noche callada ;
cuando los pájaros duermen,
vuestra tierna madre canta
por arrullaros el sueño
que amante en sus brazos guarda.


Así reposais tranquilos,
y, sin pensar en mañana,
solo soñais con los besos
de la madre idolatrada.

Y despertais ya gozando
las caricias que soñabais,
repitiendo dulcemente
alguna santa plegaria.

Lo que sentis, niños míos,
aun vuestra mente no alcanza :
pero esos divinos goces
en el corazón se graban,
para llorarlos perdidos
cuando con los años pasan.

La blanca luz de la estrella
que á vuestro candor halaga,
y la sonrisa del ángel
que os trae la gloria en sus alas,
y esa tranquila conciencia,
y ese sueño en dulce calma,

y los besos de la madre,
y sus oraciones santas,
todo es gracia de Dios, niños...
¡no perdais de Dios la gracia!...



EN LA AURORA DE LA VIDA.

Por los valles mas frondosos
que encantos al alma ofrecen,
corriendo van afanosos
muchos niños, tan hermosos,
que del cielo me parecen.

Y suspenden su carrera
al ver que en una pradera,
del alto monte vecina,
brota suave y placentera
una fuente cristalina.

— « Llegad ! » — les dice un anciano
que junto á la fuente mora, —

« bebed, y no será en vano ;
que el manantial es muy sano
y el agua consoladora. »

— Si apaga la sed ardiente.....
— Y ella dá luz á la mente
y fuerzas al corazon.
— ¿ Como se llama la fuente ?
— La fuente de la razon.

Que pronto á la edad llegásteis
en que os la brinda el destino ;
y es que el paso acelerásteis,
porque entre flores hallásteis
fácil y hermoso el camino.

Todos corren, no es estraño ;
que van, de engaño en engaño,
tras una gloria mentida
con que sueñan, por su daño,
en la aurora de la vida.

Y así de la bella infancia
van olvidando hasta el nombre,

y aun, en su loca inconstancia,
les enoja la distancia
que existe del niño al hombre.

—¿Tenemos mucho que andar
para poder penetrar
en los misterios del mundo?
—Si al fin habeis de llegar,
cese vuestro afan profundo.

Y ¿no veis con pesadumbre
el monte que el valle cierra?
¡Que la ilusion no os deslumbre,
que á trasponer vais la cumbre
con mil pasiones en guerra!

Siempre abrasa en la subida
el sol de la juventud;
cuidad de no ver perdida,
con vuestra ilusion querida,
la senda de la virtud.

Y andad, niños, que ya os dejo,
aunque el alma bien lo siente:

nunca olvideis el consejo
que os ha dado el pobre viejo
que hallasteis junto á la fuente.»

Y allá van, en su conciencia
oyendo la voz sentida
con que advierte á su inocencia
la bienhechora experiencia
en la aurora de la vida.



LA ROMERÍA DE SAN ISIDRO.

I.

¡ San Isidro del alma,
 Patron bendito
 de la famosa villa
 donde he nacido!

De tu aureola
 dame un rayo que brille
 para mi gloria.

Pobre cantor sin nombre,
 soñando triunfos,
 en pos de ricos lauros
 voy por el mundo.

Mi voz errante
 busca el eco en la orilla
 del Manzanares.

Por la orilla del río
 van mis hermanos,
 y hácia tu ermita blanca
 suben cantando...

También, con ellos,
 corre á tu santa ermita
 mi pensamiento.

Bajan por el alegre
 campo del Moro,
 bajan los tiernos niños
 rubios y hermosos.

Van con su madre,
 y á tu altar llevan flores
 de aroma suave.

Cantan las madres, — «Óyeme,
 bendito Santo;
 pues los ángeles cuidan
 tu fértil campo,

Un ángel manda
 que vele por el hijo
 de mis entrañas.»

«Campo es el alma tierna
donde yo puse
la preciosa semilla
de las virtudes...

Haz que dé al mundo
el alma de mi niño
flores y frutos.»

II.

Ya en la pradera sueñan
los tamboriles;
bailan los mozos, bailan
niñas de quince;
niñas galanas,
las de tez morenita,
las de tez blanca.

Canta Perico el ciego
sencillas coplas;
junto á la santa ermita
pide limosna.

Pide, Perico,
que dan fruto los campos
de San Isidro.

Ya su santo de barro
compra la niña
que está pálida y siente
melancolía...

Llévale al pecho;
que el corazón le duele,
le tiene enfermo.

Le tiene enfermo y sufre
de mal de amores;
por eso al Santo dicen
sus oraciones:

«¡Santo Patrono,
haz que la fe del alma
guarde mi novio!»

El campo al fin se cubre
de alegres ruedas;
niños, mozos y ancianos,
todos meriendan.

¡Todo es contento!
¡Dios bendice los puros
goces del pueblo!

Bandurrias y guitarras
los ciegos tocan;
comen con todos, beben
que es una gloria...

Canta, Perico!
que dan fruto los campos
de San Isidro.

III.

Tras los montes lejanos
el sol se oculta;
melancólica y bella
sale la luna,
y hácia la villa
va la gente volviendo
por la campiña.

Va volviendo y entonan
las tiernas madres
para el Santo bendito
dulces cántares.

Tambien alegres
mis queridos hermanos
cantando vuelven.

Ya suben el risueño
campo del Moro,
niños como los ángeles
rubios y hermosos.

Flores llevaron,
y alegres campanillas
vienen tocando.

La niña que en amores
buscaba auxilio
en la bendita imágen
de San Isidro,
con esperanzas,
vuelve gozando hermoso
sueño del alma.

Tranquila está la noche,
brilla la luna,
y en medio del silencio
mi voz se escucha...

Mi voz errante,
y el eco en las orillas
del Manzanares.

San Isidro del alma,
Patron bendito
de la famosa villa
donde he nacido!

De tu aureola
dame un rayo que brille
para mi gloria.



LA NIÑA DEL BOSQUE.

Del bosque umbroso el camino
siempre me parece largo,
y es que en el bosque me espera
la niña que adoro tanto.

¿ Veis aquella casa blanca
que está tras aquel cercado,
rodeada del perfume
y el fresco verdor del campo?

Es la mansion de mi niña,
morena de ojos velados,
la de la boca risueña,
la de los dulces encantos.

En el bosque florecido
brilla de mi estrella un rayo,
pues allí mi amor se oculta,
que está mi amor emboscado.

Los luceros de mi amada
van mi destino alumbrando;
perderé mis ilusiones
si á su clara luz no alcanzo.

Que ella es la esperanza hermosa,
el sueño de amor que canto,
y se que es vivir muriendo
vivir desesperanzado.



EL PRIMER CANTO DEL RUISEÑOR.

¿Oyes el dulce concierto
que anuncia la luz del día?
Deja tu lecho y corramos
por la risueña campiña.

Nace el sol, y en la floresta
auras de amor se respiran,
y allí sabrás lo que siento
pues todo allí te lo explica.

Hablen por mí los murmullos
de la fuente cristalina,
y la flor que abre su broche
á los besos de la brisa.

Oye al ruiseñor sentido,
que ya en la enramada umbría
canta nacientes amores
y por su amor se hace artista.

Ya suavemente gorgea,
ó sube el acento y trina,
ó ya, la voz modulando,
en variado tono silba.

Ves?... hacia la fuente vuela,
allí en el cristal se mira,
y á repetir va su canto
en la enramada vecina.

Son notas primaverales
que escuchamos con delicia,
ecos del alma que encuentra
el amor por que suspira.

Si no has leído en mis ojos
lo que siente el alma mía,
deja que en su dulce canto
el ruiseñor te lo diga.

EL ÚLTIMO CANTO DEL RUISEÑOR.

¿Recuerdas el alba pura
que, disipando las sombras,
llevó con su luz alegre
una sonrisa á tu alcoba?...
...

Mira el sol, que poco á poco
va muriendo entre las olas,
que al murmurar á lo lejos
parecen almas que lloran.

Besando el mar con sus alas
pasa la blanca gaviota,
y busca su dulce nido
sobre la pelada roca.

Y cierra la flor su broche,
se duermen las mariposas,
suave la fuente murmura,
trémula gime la alondra.

Cruza el ruiseñor el bosque ;
medroso bate las hojas
buscando la fresca rama
donde le encontró la aurora.

¿ Oyes ? ¡ qué vagos acentos !
qué graves y dulces notas
dirige á la luz naciente
de la luna melancólica !

¿ Qué le dice con su canto ?
¿ La saluda ? ¿ La enamora ?
¿ Ó le revela secretos
de tu pecho de paloma ?

¡ Duerme tú ! La luna vela
tu dulce sueño de gloria,
y yo mis cantos repito
por que, aun durmiendo, los oigas.

TU ROSA EN LA PRIMAVERA.

En primaveral mañana,
que nuestro amor presentía
cuando tanto se engalana,
se abre en tu jardín ufana
la rosa de Alejandría.

Con inocentes antojos
cortas la flor por el tallo ;
y, sin temer tus enojos,
mirándome yo en tus ojos,
la tomo, la beso y callo.

¿ Qué expresion más elocuente
de un afecto agradecido,
si hablan ya tan dulcemente
un solo beso inocente
y un silencio comprendido ?

Rosa, que al amor te abriste,
deja que avaro te guarde;
si con la aurora naciste,
tal vez consueles á un triste
al declinar de la tarde.



CANTARES.

I.

Asoma por los campos
la primavera ;
los pájaros anidan
en la arboleda.
Las flores brotan,
y las besan jugando
las mariposas.

II.

Un cantar te he de cantar
que cantar no habrás oído,
pues, para escuchar amores,
tu corazón es muy niño.

III.

Ya busca nido en tu pecho
el amor del alma mía,
pájaro de tiernas alas
que en los rosales anida.

IV.

Son dos ventanas mis ojos
por las que ha entrado el amor,
y desde ellas con el tuyo
se entiende mi corazón.

V.

No cierres, niña, los ojos
cuando yo te esté mirando;
que lo que mi amor te diga
será todo bueno y santo.

VI.

Pidiendo que mi padre
te llame nuera,
y que á tu madre, niña,
llame yo suegra,
siempre que rezo,
todas mis oraciones
son *padres nuestros*.

VII.

Hace sol, y está lloviendo,
y, del cielo de mi amor,
cae la lluvia de mis lágrimas
mientras me ilumina el sol.

Pasó el chubasco, mi llanto
se ha trocado en alegría;
después que la nube pasa
¡cuan hermoso el cielo brilla !..

VIII.

Si pongo vestido verde,
dicen que á mi amante espero;
si negro, que lloro ausencias,
si azul, que de celos muero.

Pondré la túnica blanca
que en la Pascua llevé al templo,
que así se visten las niñas
y los ángeles del cielo.

IX.

Subo la cuesta contigo,
y no me canso, morena;
solito despues la bajo
y me fatiga la cuesta.

Dicen que se sufre mucho
en la cuesta de la vida;
subirla y bajarla quiero
en tu dulce compañía.

LA MÚSICA EN EL MATRIMONIO.

¿ Ya en la primavera hermosa
del matrimonio, María,
renuncias á la armonía,
alma del amor de esposa?

Y ¿ es verdad que con la mano
que fuiste ante Dios á dar,
has cerrado, sin temblar,
para siempre tu piano?..

¿ Con que en aquel mismo dia
de tu concierto amoroso,
dejaste en mortal reposo
á *Norma, Safo y Lucía*?

¿Y así los libros ahorcaste
con que la carrera hiciste,
y el arma con que venciste
en el polvo abandonaste?

¿Thalberg, tu libro de texto,
condenado así al olvido?
¿Y perdona tu marido
engaño tan manifiesto?

Quizá sus penas devore,
pues, de novio, en cada nota
hallaba el pobre una gota
del dulce *elixir d'amore*.

Si amó tu música tierno,
¿por qué, cuando el *sí* le dabas,
por desengaño guardabas
ese *calderon* eterno?

No vuelvas á responder
que el arte no se concilia
con la casa y la familia,
¡que te dan tanto que hacer!

¡Si yo sé ya lo que pasa!
¡Si ya sé, sol de los soles,
que tiene muchos *bemoles*
el arreglo de una casa!

¡Que la criada, que es nueva,
que el chiquitín, que se cae,
que la doncella, que trae,
que el marido, que se lleva!...

Mas dime, inocente artista,
¿no es posible que recuerdes
los cuartos de hora que pierdes
de charla con tu modista?

¿Te parecen horas pocas
las que al tocador te das?
¿Y tú te tocas de más,
y el piano más no tocas?

Mira que es cosa probada,
que ese precioso instrumento
es el mejor elemento
de toda mujer casada.

Si de su decoro en mengua
suele la lengua tener
¿no es bueno que la mujer
tenga el piano por lengua?

¿Que es fiero el esposo, chica,
y se exalta sin reparo?
¡Mucha música! y es claro,
la fiera se domestica.

¿Que está celoso y le van
los amigos con lilailas
de si bailas ó no bailas
con tu primo el capitán?

Pides al *Barbero* auxilio,
al *de Sevilla*, se entien de;
de calumnias te defiende
el aria de don Basilio.

De tu amor en holocausto,
una joya es necesaria?
Pues toca y retoca el aria
de Margarita del *Fausto*.

¿Que tu marido es un bruto,
cuyo ateísmo da miedo?
le inspiras fé con *el credo*,
ya sabes, el de *Poliuto*.

¿Que al fin vuestra paz se pierde?
¿Que reñís, y el muy gandul
pasa al gabinete azul
y á tí te deja en el verde?

Bien; tú te das todo el día
á tocar *vivace allegro*,
y, al entrar, no nota el suegro
la falta de *la armonia*.

¿Que el chiquitin tiene *esplin*
y no se distrae con nada?
Le tocas una balada
y se duerme el chiquitin.

¿La criada no está en voz
para hacer una menestra?
Dale á Rossini por muestra,
que era un gastrónomo atroz,

Si á culinarios enredos
sazon Rossini consagras,
yo se que, al comer las magras,
te vas á chupar los dedos.

Y, en fin, para ahorrar discursos
que agotan ya mi cacúmen,
el piano es, en resumen,
un arsenal de recursos.

Al arma, pues, y ¡victoria
por tu conjuro armonioso,
que te ha de dar con tu esposo
aquí paz y despues gloria!



QUITAPESARES.

Á MIS QUERIDOS PRIMOS ISABEL Y GENARO.

I.

Valmaseda es esa villa,
noble y venerable anciana
que, por contemplar sus timbres,
honra y gloria de Vizcaya,
retrata sus limpias tocas
en el cristal del Cadagua.

Á la orilla de ese rio
y al rumor de su cascada,
en una tarde de Enero
que las de Mayo envidiaran,
pensando en Dios y en mi madre
sentí conmovida el alma.

De un arroyo, claro y limpio
como una cinta de plata,
junto á un pequeño remanso,
una hermosa niña se halla.

Lavando canta y sonrie,
y es blanco el cendal que lava,
y es de un ángel su sonrisa,
y es alegre lo que canta.
Pero el eco, allá en los montes,
es triste y arranca lágrimas
al que enluta con recuerdos
las benditas esperanzas.

II.

—Donosa y cándida niña,
lavandera afortunada,
¡así Dios conserve pura
tu inocencia de las manchas
que no limpian los arroyos
de los montes de Vizcaya!

—Señor, que tan triste viene,
sepa, si el dolor le cansa,
que en el pico de este cerro,

donde hay una casa blanca,
en la altura que domina
huertas, rio y pomaradas,
concluyen todas las penas,
Quitapesares le llaman.

Mi buena y honrada madre
nació junto aquella casa,
y allí mismo yo he nacido,
y han nacido mis hermanas.
Señor, todas somos pobres,
para comer se trabaja;
pero el pan que Dios envía
ningun pesar nos le amarga.
¡Bendito *Quitapesares*,
Quitapesares del alma!...

III.

Alegre queda la niña,
alegre como unas pascuas;
poco á poco voy subiendo
del cerro á la casa blanca;
lo que allí he visto y sentido
no lo cuenta lengua humana.

Allá abajo el valle hermoso
sonriente se dilata,
inundado de luz pura
como se muestran al alma,
ricos de luz y armonía,
los cuadros de nuestra infancia.

Y el bello paisaje cierran
dos cadenas de montañas,
de cuyo seno escondido
brotan clarísimas aguas,
del valle riego fecundo
y del rio tributarias.

Y allí el espíritu siente
una impresion tan extraña,
tan dulce melancolía,
que el corazon arrebatá,
y al que allí sube con penas
le obliga al fin á llorarlas.

IV.

Muere el sol; oigo en el valle
son confuso de campanas,
miro al cielo, rezo y lloro,

y Dios bendice estas lágrimas
que en la soledad se vierten
y á la oracion acompañan,
como el manantial purísimo
de alguna creencia santa.

Hácia el valle voy bajando,
sintiendo alivio en mis ansias
al bordear el arroyo
que entre el brezo se desata.

Junto al pequeño remanso
no encuentro á la niña cándida;

la que lavando reía,
la que lavando cantaba,
la que tuvo en aquel monte
cuna que un rey envidiara.

Pero el arroyo murmura,
y allá, en las colinas altas,
oir me parece el eco
de aquella voz fresca y clara:

«Bendito *Quitapesares*,
Quitapesares del alma!»

LOS DOS PÁJAROS.

Si el canario no canta ¿en qué consiste?
Es que ya no le abrigas en tu seno;
que ha visto tu otro amor, y que el veneno
de los celos probó y está muy triste.

A otro pájaro ya tu afán asiste,
que en más dulce prision hizo su estreno,
y alpiste no se queda y ve sereno
cómo se queda tu canario alpiste.

¡Oh! ¡buen pájaro está! y es una maula
que, si de amor te enseña el canto llano,
caros derechos cobrará del aula.

Vuelve al amor del otro, que es más sano;
que aquel pájaro al fin canta en la jaula,
y el que acaricias hoy canta en la mano.

UN JUEGO DE PRENDAS.

Juego de prendas quisiste,
y yo la mejor te dí;
pero tú, por verme triste,
tu hermosa prenda escondiste
cuando tras ella corrí.

— «¡Que te quemas!» me decias
cuando al sitio me acercaba
donde oculta la tenías;
y locamente reias
porque nunca la encontraba.

Y gritando siempre «¡fuego!»
y sin cesar de reir,
muchos años duró el juego,
y quedé, buscando, ciego,
por llegarte á divertir.

Quiero que por fin comprendas
que es bien que en tus diversiones
nunca desengaños vendas,
porque jugaban á prendas
nuestros propios corazones.

Y aunque enlazarlos ansío,
ya de tus locuras huyo ;
que es muy triste desvarío
dejarme abrasar el mio
para no encontrar el tuyo.



EL AMOR Y EL TRABAJO.

I.

Con la azada sobre el hombro
Anton hácia el campo va,
cantando al sol, que ya sale
con sencilla majestad,
y al prado, que ya verdea,
y á la flor, que brota ya.

— « Flor hermosa de los campos,
— dice con dulce cantar, —

Dios bendiga tu perfume,
bendiga Dios tu beldad ;
y Él, que flores nos regala
y frutos tambien nos da,
benigno, como á los campos,
á mi mujer al mirar,
quiera darle ricos dones
de su infinita bondad,
concediéndonos el fruto
de nuestro amoroso afán. »

Y allá va Anton, hácia el campo,
sus haciendas á cuidar ;
envidiara su alegría
la Pascua de Navidad ;
cantares como los suyos
del alma nacen no más.

II.

—Anton, mucho se madruga.
—Miguel, Dios me ayudará.
Quien con el sol se levanta,
si le sabe aprovechar,
en los granos que recoja
oro puro encontrará.
—Anton, ya pecas de avaro.
—Miguel, no me digas tal.
—No hay un labrador más rico
en todito este lugar,
con ménos obligaciones,
ni con mujer más cabal.
—Cabal es, como mis tierras
que Dios viene á fecundar,
la flor de mi amor, que el fruto
en su seno lleva ya.

Vendrá el fruto, será el ángel
de nuestro apacible hogar,
y esos ángeles del mundo,
dando besos, piden pan.
Voy, Miguel, voy al trabajo;
que, aunque soy rico, detrás
del angelito que espero,
sabe Dios los que vendrán.

III.

Ya del sol se va apagando
la postrera claridad ;
de la iglesia las campanas
á *la oracion* tocan ya.
Y vuelve Anton á la aldea,
cantando á su casa va ;
oirle cantar da gloria,
oid, oid su cantar :
—«Frutos mis campos prometen,
démelos mi amor al par ;
miéntras yo siembre y recoja,
ángeles me pidan pan.»
Ya llega Anton á su casa,
en buen hora fué á llegar ;

su mujer siente dolores
 que no ha sentido jamás.
 Y un capullo despues brota
 de tan florido rosal,
 y Anton besa el dulce fruto,
 que es el ángel de su hogar.
 ¡ Santo amor de la familia!
 Sólo en tí se puede hallar,
 con el amor al trabajo,
 placer duradero y paz.



PÁJAROS Y HOMBRES.

POEMA DE UN DESCONCIERTO.

SINFONÍA.

I.

De amor sienten la llama
 el pájaro y el hombre;
 la misma ley divina los reclama;
 mas juro, por mi nombre,
 que, miéntras canta el pájaro en la rama,
 de su pasión sencilla siempre ufano,
 el hombre, que es de Dios perfecta hechura,
 por no llevar su voz á tanta altura,
 cuando quiere cantar... canta en la mano.

El día en que perdiste el paraíso,
 rey de la creación, perdiste el trono;
 y si Eva, nuestra madre, así lo quiso,
 yo, que soy un Adán, se lo perdono.

Por saber lo ignorado se moría;
 su compañero al fin era inocente,
 y que ella se muriera no quería
 por no aburrirse luégo eternamente;
 y además... ¡prometía
 unas cosas tan dulces la serpiente !

II.

Mas hoy, los pobrecitos hijos de Eva,
 que la historia de Adan no hallamos nueva
 y que, al comer la fruta consabida,
 ya nos hemos comido la partida;
 nosotros, que del mal nada ignoramos,
 y que en prestar oído
 á la serpiente vil nos deleitamos,
 y, al escuchar su seductor silbido,
 dentro del corazon la acariciamos ;
 que, de la audaz malicia el alma llena
 ó de torpes deseos con gran copia,
 ni escarmentamos en cabeza ajena
 ni hallamos freno en la desgracia propia;
 nosotros, sí, los reyes
 de derecho divino, en fin, los hombres,
 que á la flor y á la piedra damos nombres

y á la bestia feroz dictamos leyes ;
 con la razon altiva por corona
 y por cetro la espada,
 tenemos que rendir la real persona
 y humillar nuestra frente coronada
 ante un débil vasallo, un pajarillo,
 que, entonando en la rama sus canciones,
 el templo labra de su amor sencillo
 y de eterna moral nos da lecciones.

Y aquí á la *Sinfonía* doy ya punto;
 que expuesto dejo el fondo de mi tema,
 y voy á entrar de lleno en el asunto
 que encierra el interés de mi poema.

CANTO PRIMERO.

MÚSICAS DE LA TIERRA Y DEL CIELO.

I.

Era de un viejo guarda-bosques hija
la preciosa Leonarda.
Con vivo celo y atencion prolija
todo en su bosque lo guardaba el guarda,
ménos á aquella niña encantadora,
ya su postrer consuelo
desde que, en muy mal hora,
vió á su santa mujer tornar al cielo.

Y aquel bendito padre
pensaba que á su niña
el ejemplo bastaba de la madre,
y que mujer hermosa es una viña
que en sí lleva la guarda, ó no la tiene

si la mujer no es cuerda,
aunque la acote el dueño y la condene
á perro que vigile, ladre y muerda.
Y, en fin, el pobre viejo
que nunca vió en su bolsa más que el cobre,
alegre á su humildad oyó el consejo
de que jamás amor busca su espejo
en mujer olvidada, oscura y pobre.

Pero á su gusto lo dispuso el diablo,
no como el guarda imaginarlo quiso,
y amor, sin disparar más que un venablo,
pudo herir á Leonarda, hiriendo á Pablo,
que encontraba en el bosque un paraíso.

II.

Era Pablo un muchacho
ingenioso y alegre y vivaracho ;
por gracia del maestro,
en leer y escribir bastante diestro ;
y aun por la aldea circuló la idea
de que Pablo poner pudo en un brete
nada ménos que al cura de la aldea,
por lo bien que glosaba al Padre Astete.

Con todo su saber, el pobre chico,

que solo en ilusiones era rico,
 si no cortaba leña no comía
 su pan de cada día;
 y esa necesidad, que es la primera,
 trajo la del amor, que no podría
 ahorrarse ya el rapaz, aunque quisiera;
 pues lo que en broma habían empezado
 el cantar, la sonrisa y el piropo,
 llegó en veras al límite vedado
 de un beso prometido al pié de un chopo.

Ni vió ni oyó el anciano, ni hubo riña
 para bromas y veras de Leonarda;
 pues, siempre con su idea de la viña,
 todo en el bosque lo guardaba el guarda,
 ménos á aquella encantadora niña.

III.

La tarde parecia de verano;
 el viejo en un pinar quedó dormido;
 el rapaz dejó el hacha de la mano,
 deslizóse sin ruido,
 del silvestre avellano
 y el zarzal por las sombras protegido,
 y junto al chopo aquel de la promesa,

en un recinto plácido y ameno
 donde es la fronda espesa,
 y el ambiente de aromas está lleno
 de zarzamora y de montés frambuesa,
 y el claro arroyo, que bajando aprisa
 de la montaña viene,
 deleitando á las flores con su risa
 en murmurar de todo se entretiene;
 allí fué donde, trémulo de gozo,
 halló á Leonarda Pablo, y allí donde
 va á reclamarla con afán de mozo
 y acento á que el amor siempre responde.

IV.

Y cuando ya la lengua enmudecía,
 y de ardientes antojos
 tan sólo la pasión hablar podía
 con temerarias frases de los ojos,
 un ruiseñor, que estaba el nido haciendo,
 asustado salió de entre el follaje,
 el peligroso giro interrumpiendo
 de aquel mudo y diabólico lenguaje.

Con tan leve rumor sobrecogidos,
 declarando su falta de inocencia,

los amantes, sin verse arrepentidos,
darse cuenta pudieron de que hay ruidos
que hablan como la voz de la conciencia.

Atenta el ave al fin á su cuidado,
más que á los dos amantes indiscretos
que, en fuerza de callar, tanto han hablado,
vuelve otra vez al nido, y sale y entra
tranquila y sin enojos,
llevando el útil material que encuentra
de la rica floresta en los despojos.

Por dar fin á su obra
trabaja sin descanso laavecilla,
pues le causa zozobra
el hondo afan con que el futuro esposo
la requiere, la apremia, la persigue,
y aun esfuerza su acento melodioso,
porque el amor del arte más la obligue.

Y el galan ruiseñor, altivo, fuerte,
y envidia de cantantes,
que ya de algun rival causó la muerte,
allí, á la vista de los dos amantes,
en seguir se divierte
á su adorada en sus variados giros;
mas como ella su juego esquiva tanto,
á su alta rama vuelve, y son suspiros
las dulces notas de su nuevo canto.

V.

Y aquel cantor que enalteció la escuela
de su sentido hermano Filomela,
pide al amor el tono á que se ajusta,
pues de él espera ricos galardones
y sabe que á las hembras siempre gusta
oir sobre ese tema variaciones.

Y como ha visto allí seres humanos
que el amor arrastraban por los suelos
con aficion á juegos de villanos,
en el idioma puro de los cielos,
poniendo por testigos á las flores,
quiere enseñarles el alado artista
cómo entre ruiseñores
el amor de las hembras se conquista.

Y el rey de los tenores de la fronda,
con muy dulce querella
obligando á su amada á que responda,
se excede en su cancion sentida y bella,
y entre escalas y trinos y ligados
lanzando un admirable *do* de pecho,
ante Leonarda y Pablo entusiasmados
ve su orgullo de artista satisfecho.

Desde su nido la hembra enamorada,
 por reclamos tan altos obligada,
 mirando á su galan atentamente,
 con suave *pio, pio*,
 contestarle queria lo siguiente :
 — « Muy bien, ídolo mio !
 » la cancion es preciosa... ¡ como tuya !
 » Tú el premio alcanzarás : mas, por ahora,
 » deja, déjame que huya,
 » aunque tu dulce acento me enamora ;
 » déjame que fabrique
 » un templo á la pasion que nos abrasa,
 » para que Dios en él la santifique
 » y despues nuestros hijos tengan casa.
 » No tomes por desden este desvío,
 » y, mientras pongo fin á mi tarea,
 » canta, canta, bien mio,
 » pues tu voz me da aliento y me recrea,
 » y mañana tal vez, cuando improvises
 » tu cancion á la luz del nuevo dia,
 » podrán venir alondras y malvises
 » á celebrar tu bien y mi alegría. »

VI.

El ruiseñor lo entiende y vuelve al canto,
 y ella á su vez, á su trabajo vuelve...
 Ah ! sí ; pero entre tanto,
 las dudas de Leonarda ¿ quién resuelve ?
 ¿ Por qué á cantor de tan soberbia traza
 el ave, á quien amor así convida,
 duramente rechaza
 al mirarse de cerca requerida ?
 Aunque es su amante Pablo tan leido,
 se ve con duda tal puesto en un brete,
 y aún sabiendo glosar con buen sentido
 la doctrina moral del Padre Astete,
 á contestar no acierta ; si acertara,
 no escucharia con pasion avara
 los consejos del diablo
 y á tiempo se diria : « ¡ Guarda, Pablo ! »
 No sabe contestar ; pero sí sabe
 preguntar á su vez con egoismo :
 « Cruel ha sido el ave...
 ¿ Serias tú capaz de hacer lo mismo ? »
 Y la pregunta trae á su memoria
 el prometido beso ;

y aquí el cuento de amor pica en historia ;
 que era la tarde ardiente con exceso ,
 penetrante el perfume de las flores ,
 el sitio solitario, y... ¡ ay, Dios mio !
 ¿ por qué, por qué en amores ,
 no tiene el hombre, rey por su albedrío ,
 la virtud de los castos ruiseñores ?...

VII.

Y caía la tarde lentamente,
 y el aura susurraba entre las hojas,
 y ellos bajaban con rubor la frente,
 pálidas las mejillas, ántes rojas.

Y aquel arroyo claro y cristalino,
 que de todo murmura,
 á cuantas flores halla en su camino
 del monte y la llanura
 en secreto les dice cuanto sabe,
 y ellas tiemblan, le llaman indiscreto,
 y no se duermen sin cerrar con llave
 en el fondo del cáliz el secreto,
 pues se trata de amor y el caso es grave.

Y ya Pablo y Leonarda,
 baja la vista, vacilante el paso,

sintiendo con vergüenza lo que tarda
 en hundirse la luz en el ocaso,
 huyendo van del plácido recinto
 donde el ave afanosa,
 que trabajó con maternal instinto
 ántes de que el amor la hiciera esposa,
 en su acabado nido se recrea ;
 donde la arrulla con su dulce canto
 aquél que ama la luz y la desea,
 aquél que de esperanzas vive tanto,
 que en la luna, con cándida porfía,
 en el lucero, en las estrellas todas,
 ya sueña ver la luz del nuevo día
 viniendo alegre á celebrar sus bodas.

CANTO SEGUNDO.

ROMANZA Y ARIA FINAL.

I.

Del guarda en la casita
no hay más que lo que el viejo necesita
con su hija idolatrada,
viña muy rica, pero mal guardada.

Un cuarto reducido,
con una cama estrecha casi lleno,
donde el guarda dormir siempre ha podido
sordo á la envidia, á la ambicion ajeno :
luego el hogar humilde, que conviene
del pobre á las comidas más frugales,
aunque en él vivo el fuego se mantiene
sin eternos cuidados de vestales :
y, en fin, el dormitorio de Leonarda,

donde ella con empeño
santos recuerdos de su madre guarda
que ahora la impiden conciliar el sueño,
pues de un consejo le habla cada prenda
que, por su mal, la niña dió al olvido,
de amor en la contienda
prestando sólo á su pasión oído.

Los ojos de su alma, ya sin venda,
no ven quizás la inmensidad del daño,
pues ama la muchacha con locura
y encuentra no se qué placer extraño
al pensar en su propia desventura.

II.

Siempre la misma duda la persigue
en medio del insomnio que la abruma.
¿Será verdad que amor con nada obligue
pecho de blanda pluma ?
¿ Que con desden un ave así castigue
al ruiñeñor que en torno de ella gira
y que, adorando en ella,
tan sólo pide un beso, si suspira,
y en vano canta triste y se querella ?
Y así Leonarda trae á la memoria

dos historias de amor, pero aún no sabe
por qué intranquila piensa en la del ave
con tanto afán como en su misma historia.
Ni darse cuenta puede todavía,
preocupada y confusa,
de que, acusando al ave por impía,
de su propia flaqueza ya se acusa.

Y es la noche para ella eterna y triste,
primera en que tembló su alma sencilla,
que en vano á los recuerdos se resiste
en que la imágen de su madre brilla,
y en vano de esperanza busca un rayo
que ilumine su amor y su fortuna,
como ilumina el bosque dulcemente
con suave resplandor la blanca luna,
del desdichado amiga y confidente.

III.

Presa de su inquietud indefinible,
deja por fin el lecho,
una tregua buscando, ya imposible,
á aquel afán de su agitado pecho.

Y se asoma despues á la ventana
en que, á la luz del sol, de vida llena,

un día se mostró rosa galana
la que hoy es triste y pálida azucena.

Y el astro de la noche contemplando,
los ojos por el llanto humedecidos,
tal vez ignora lo que está pensando
mientras llega confuso á sus oídos
ese vago rumor de mil rumores,
en que parece que hablan, aún dormidos,
auras, insectos, pájaros y flores.

IV.

En escuchar se empeña,
entre un acento y otro discordante,
como el latir de un corazón que sueña
realizar las promesas de su amante,
ó sueltas notas del cantor alado
á quien fiero desden hirió de muerte
y que solo, en su rama y desvelado,
en cantar sus desdichas se divierte.

Y en aquella ilusión de sus sentidos
ve otra vez sus recuerdos confundidos;
y un deseo vehemente acariciando,
nacido de la duda que la acosa,
poco á poco la frente va inclinando,

tan pálida y hermosa
 como el lirio que crece en su ventana
 y que, al calor febril de aquella frente,
 se agita y tiene sed del fresco ambiente,
 precursor de la luz de la mañana.

V.

La del alba nacía ;
 la triste Diana, en tan solemne instante,
 tras el monte lejano fallecía,
 buscando moribunda todavía
 los besos de Endimion, su dulce amante.

Y cuando en sus rumores
 auras, insectos, pájaros y flores,
 con música sentida y concertada
 saludan al fulgor de la alborada,
 alza la niña su abrasada frente,
 y en el instante mismo,
 con paso torpe, como aquel que siente
 impulsos de un fatal sonambulismo,
 la casita abandona; un grito lanza,
 y es un ¡ ay ! de ansiedad con que responde
 á una nota de amor y de esperanza
 que ella sueña escuchar bien sabe dónde.

Y acude allí, temblando,
 tal vez con la naciente calentura,
 de vergüenza tal vez, y, separando
 uno y otro ramaje en la espesura,
 entre dos blancos álamos asoma,
 curiosa impertinente
 que ha manchado sus alas de paloma
 y aún pregunta por qué no es inocente.

VI.

Ven sus ojos, y duda; el ave impía
 que desdeñosa se mostrara y fría
 al ruiñeñor que en la pasada tarde
 hizo de artista y de galan alarde,
 ahora, en su tosco nido
 á la fé conyugal brindando un trono,
 con pecho enardecido
 al que firme de amor la ha requerido
 se entrega ya con plácido abandono.

Y es el fulgor de la riente aurora
 su antorcha de Himeneo;
 y apadrinan su union en tan buen hora
 la alondra y el malvis, y son sus galas
 los perfumes y gotas de rocío

que el suave ambiente les llevó en sus alas,
y entonan himnos en la alegre fiesta
los alados cantores de más brío
que con su voz animan la floresta.

Leonarda, sorprendida, apenas puede
dar crédito á sus ojos,
y enójala quizás lo que sucede;
que empieza á comprender, áun con enojos,
que era el rigor aquel de la avecilla,
cuando atenta á su nido sólo estaba,
elocuyente leccion, aunque sencilla,
que ella en su ciego afan no adivinaba.

¿Dónde á su ardiente amor, ya satisfecho,
labraron ella ó Pablo el propio nido?
Ni un sacrificio al porvenir han hecho;
su pasion lo fué todo, hasta el derecho
de dejar su pobreza en el olvido.

VII.

Y despues pasa un dia y otro dia,
y á Pablo ve Leonarda
sintiendo siempre amor, mas no alegría;
y si algo le pregunta el pobre guarda,
con su tenaz idea se extravía
y habla de aves y nidos

y de puros afectos escondidos
entre álamos y hiedra y zarzamora,
y á un tiempo gime y canta, rie y llora.

Y otra vez, por la fiebre sostenida,
curiosa inoportuna,
busca la muerte donde todo es vida;
y acude á desgarrar la última tela
del corazon herido;
verdugo de sí misma, que áun anhela
penetrar hasta el fondo de la escuela
cuya moral tan tarde ha comprendido;
cebarse en su dolor con sed extraña,
como el enfermo, ya desesperado,
que goza golpeándose la entraña
que á eterna postracion le ha condenado.

VIII.

Y allí está ya; con extraviados ojos
busca el nido, le encuentra... pero ¿dónde
con su esposo adorado al fin se esconde
la que la inspira admiracion y enojos?
Sólo ve el nido desde allí; no sabe
por qué tan fria soledad la espanta.
Mas ya el acento suave
se oye del ruiseñor, que alegre canta.

¿Por qué canta tan dulce melodía?
 ¿Dónde su esposa está, que es su alegría?
 ¿Qué novedad encierra aquel acento,
 expresión de la angélica armonía,
 poema del más puro sentimiento?

Oye y no ve la niña, y se enfurece,
 y, de penas más grandes codiciosa,
 acude junto al nido, en que aparece
 ante su vista la feliz esposa.

Está el ave tendida,
 inmóvil, adormida,
 con el ala enarcada, como el brazo
 de una madre que cuida
 de abrigar á su niño en su regazo.
 Y asoman tres cabezas bajo el ala,
 y en el fondo del nido hay movimiento,
 y la vida, el calor, el sentimiento
 que allí del seno maternal se exhala.

IX.

¡Cómo tiembla Leonarda, contemplando
 aquel cuadro tan rico de ternura,
 juez silencioso que la está acusando,
 mientras su santo amor y su ventura
 artista y padre á un tiempo están cantando!

Un ¡ay! brota del alma
 de la niña infeliz, y laavecilla,
 á ver quien turba su apacible calma
 irgue asustada el cuello, se alza, chillá
 y llama al fiel esposo
 que, suspendiendo el canto,
 á ella acude solícito y celoso;
 que era de madre el grito y tuvo espanto.

Juntos los dos, con ademan sañudo,
 fiera expresión de paternos celos,
 presentan en sus pechos un escudo,
 pues temen que les roben sus hijuelos.

Y al ver la niña su mirada ardiente
 fija sobre su rostro demudado,
 huye, cual si gritasen: «¡Imprudente!
 ¿Por qué turbas la paz que ha conquistado
 un firme amor con su pureza santa,
 tú que, torpe, has manchado
 nuestro bendito asilo con tu planta?...»

X.

¡Ay! se muere Leonarda,
 y ya sabe su amante por qué muere;
 y allí se encuentra, junto al pobre guarda,

en tan tristes momentos,
al postrer resplandor de una existencia
cuyos dolores son remordimientos
con que al fin ha de ahogarle su conciencia.

Sufre ménos el viejo, que lo ignora
y se alivia llorando, pues no sabe
que hay en aquella muerte algo más grave
y que avergüenza al padre que lo llora.

Ya, por la fiebre lenta consumida,
despídese Leonarda de la vida;
y, en medio del delirio,
escucha, como triste despedida,
la voz del ruiñeñor, que es su martirio,
aunque, al dulce final de su romanza,
brinda á la pobre mártir un consuelo,
pues parece decirla: «Mira al cielo,
que allí todo es amor y bienandanza!»

Y ella ve celestiales resplandores,
murmurando al morir: «Haz tú, Dios mio,
que siempre en sus amores
tenga el hombre, que es rey por su albedrío,
la virtud de los castos ruiñeñores!»

ESTIVALES.

CANTARES.

I.

El maizal amarillea,
haces de oro son los trigos,
y los corazones arden
con el fuego del estío.

II.

Del sol dos vivos rayos
te ha dado el cielo,
y en tus ojos hermosos
brilla su fuego.
Que al contemplarlos,
como el sol del estío
me deslumbraron.

III.

Es mi corazón cuitado
 presa de voraz incendio,
 y no hallo en mi voz campana
 que sepa tocar á fuego.

No sale el llanto á mis ojos,
 y es que lo vierto en mi alma,
 por ver si apago con llanto
 este fuego que me abrasa.

IV.

La viudita de enfrente
 me gusta mucho;
 tengo al difunto envidia,
 porque el difunto
 supo de cierto,
 ántes de ir á la gloria,
 lo que era el cielo.

V.

Era blanco aquel pañuelo
 con que me hiciste la seña;
 si así la paz me brindabas,
 ¿por qué me das tanta guerra?...

VI.

Al revolver una esquina
 dos puñaladas me dieron;
 en el fuego de tus ojos
 templado estaba el acero.

Muerto de amor le declaran
 al pobre corazón mio;
 todo el mundo reconoce
 tus ojos por asesinos.

VII.

Amor me dicen tus ojos,
 pero tu labio desdenes;
 tu boca apaga la llama
 que tus luceros encienden.

Si quieres que yo te quiera
 y que en tu fuego me abrase,
 haz por que mienta tu boca
 cuando tus ojos me engañen.

VIII.

A mi madre apesadumbro
con la pasión que te tengo,
y mi madre me amenaza
con el castigo del cielo.

Miéntras me amenaza madre,
me juras amor eterno...
Para tí será el castigo
si faltas al juramento.

IX.

El sol muere y á Dios pido
que el sol no vuelva á brillar;
pues, cuando se va, tú vienes,
y, cuando viene, te vas.

Ya la luz del alba nace
robándome tus caricias...
¡Mal venida, luz del alba!
¡Adios, luz del alma mia!...

CAMBIO DE CORAZONES.

Me miras mucho y suspiras
y siempre me estás mirando...
¿Tu corazón vas buscando
acaso cuando me miras?

Pues busco el mío y ansío
mirarte, por tal razón,
si tengo tu corazón,
tú debes tener el mío.

Y es que con amante empeño
tiernamente nos miramos,
porque al corazón llamamos
para que adore á su dueño.

Nunca del cambio te quejes,
pues mi corazón, desde hoy,
por bien perdido le doy
mientras el tuyo me dejes.

Porque, si del alma herida
vienes el tuyo á arrancar,
el mío no iré á buscar
por no arrancarte la vida.



EL CORAZON POR LIMOSNA.

Un pobre, desesperado,
fué á robar á un poderoso
que al pobre dejó, piadoso,
por limosna lo robado.

Compasivo al fin hallaba
que el ladrón hijos tenía,
y que el mísero sufría
porque el hambre los mataba.

Pues, con entrañable afán,
en su espantosa indigencia,
faltó el padre á su conciencia
por dar á sus hijos pan.

Obrando tú sin consejo,
con alma pobre llegaste

y el corazon me robaste,
que por limosna te dejo.

Que si, en tus triunfos prolijos,
hoy el santo amor evitas,
mi corazon necesitas
si algun dia tienes hijos.

Que ellos, pese al mundo loco
que empobreció tu sentir,
sin pan no pueden vivir,
pero sin amor tampoco.



TU ROSA EN EL ESTÍO.

Mira la flor que guardé
como prenda de tu amor:
aún en sus hojas se ve
la vida de aquella fé
de nuestro cariño en flor.

Me parece que aún se agita
del rocío con el peso
que, al besarla, el sol le quita,
y que en su cáliz palpita
de mi amor el casto beso.

¡ Ah! no; tal vez la ilusion
finjo de aquellos amores
que ya los nuestros no son;
que ¡ es tan breve la estacion
de la vida de las flores!...

Tú, como yo, te sonrojas,
pues del fuego impuro pecas
que hirió de la flor las hojas...
Es verdad que aun están rojas;
pero, mira... ¡ya están secas!



CÓMO EMPIEZA Y CÓMO ACABA.

Por cartas te inicié mi amor divino,
en frases que Platon aplaudiría;
risueño tras la verde celosía
me contestó tu rostro peregrino.

Acortando despues nuestro camino,
á solas en tu casa te veía,
y en tus labios de fuego al fin bebía
ese néctar que embriaga más que el vino.

Tras noche de deleite y de sonrojos
triste día de invierno alboreaba,
y sentí del hastío los enojos.

¡ Para siempre de tí me separaba!
Y ahí tienes, luz que fuiste de mis ojos,
¡ cómo empieza el amor y cómo acaba!...

Á UNA SANTA.

Ya sé que tienes engañado al mundo
con las de tu piedad muestras sencillas,
pues siempre te apareces de rodillas
como el que reza con fervor profundo.

En glorias tu rosario te es fecundo;
de tu virtud se cuentan maravillas;
y aunque de santa en opinion ya brillas,
no es la opinion que en tu secreto fundo.

Que todo lo sé yo, tú bien lo sabes,
y ya es inútil para mí que mientas
con besos al bendito escapulario.

Bajo él ocultas hoy pecados graves,
y Dios te ha de pedir por ellos cuentas,
que las cuentas no son de tu rosario.

ALMONEDA.

Dicen que haces almoneda,
porque quieres renovar
muebles, vestidos y alhajas,
que encuentras muy viejos ya.

Yo no estraño, ex-prenda mia,
que al fin renueve su ajuar
mujer que el rostro renueva
con tanta facilidad.

Prenderos no han de faltarte
que te le quieran comprar...
No el rostro, que las pinturas
ahora carillas están.

Al ajuar me referia,
pues el prendero ¿ qué hará ?
Llevarse por cuatro cuartos
lo que costó un dineral.

Más, aunque lo menosprecien,
 á tí lo mismo te da ;
 pues, como nada te cuesta,
 ganancia en todo hallarás.

Casi estaba por comprarte
 aquel *trousseau* virginal,
 que te regaló aquel novio
 que al fin no llegó al altar.

¿ Y el corazón, no le vendes ?
 Porque, á decir la verdad,
 ya que lo renuevas todo,
 por ahí debes empezar.

Que el corazón has gastado
 tanto como tu beldad,
 y es un mueble de deshecho
 lo mismo que los demás.

Á UN DIPUTADO.

Eras buen padre y excelente esposo;
 y á tu esposa y tus hijos tu amor tierno
 robaste, aconsejado del infierno,
 de brillar en las Córtes codicioso.

Y, diputado al fin, con tu reposo
 al Gobierno vendiste el fuero interno,
 por ser pobre importuno del Gobierno,
 en bien no más del elector gracioso.

Tú votarás, como al ministro cuadre,
 de la razón contra la justa homilia
 y aún contra el santo voto de tu madre.

Y así ves cómo todo se concilia;
 pues no ha ganado en tí la patria un padre
 y se quedó sin padre tu familia.

DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA.

Á MI RESPETABLE AMIGO DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Hay quien, con lenguaje franco,
«el manco» á Cervantes nombra;
su libro, que al orbe asombra,
prueba bien que no fué *manco*.
De aquel ingenio fecundo
aún saca el mundo su escote;
que sigue cruzando el mundo
Don Quijote.

Aún, si pasamos revista,
hallamos, en senda igual,
en pos del hombre ideal,
al hombre materialista.
Para que escudero lleve
quien á aventuras se lanza,
donde quiera vive y bebe
Sancho Panza.

Aquel que, á fines inciertos
de un político sistema,
corre siempre con el tema
de desfacedor de entuertos;
soñando con seriedad
que ya, de su pluma al bote,
se cambia la sociedad...
Don Quijote.

Aquel que discurre un poco
y que, sin ser nada lerdo,
se olvida al fin de que es cuerdo,
por las promesas de un loco;
y que en política otorga
y niega con el que alcanza
que le ha de llenar la andorga...
Sancho Panza.

El que, entonando querellas
contra la negra fortuna,
odas dirige á la luna,
cantares á las estrellas;
y, con líricos excesos,
de Apolo gran sacerdote,
se queda en los pueros huesos...
Don Quijote.

Aquel que al vate se asocia
y, al seguirle en su camino,
con un concepto divino
humanamente negocia;
y mientras con su trabajo
por la gloria el vate avanza,
él por comer á destajo...

Sancho Panza.

Galan que el mundo pasea
con el pensamiento armónico
de hallar de su amor platónico
la soñada Dulcinea;
y tiene tan hueca cholla,
que en su empresa lleva el mote
«Contigo, pan y cebolla...»

Don Quijote.

El que, tocando el registro
de hacerse gobernador,
sin amar, busca el amor
de la niña del ministro;
y de este logra ser yerno,
sacando al fin de la danza
el suspirado gobierno...

Sancho Panza.

Quien por altos intereses
de una idea se aventura,
y halla, en su mala ventura,
gentes de frac por yangüeses,
que, haciéndole torpe guerra,
dan, con la ley del garrote,
con el idealista en tierra...

Don Quijote.

El que á respetable trecho,
en pos del valiente hidalgo,
ve sólo en la empresa el algo
que promete á su provecho;
y aún cobarde ante el escollo,
algun coscorrón alcanza
por no perdonar el bollo...

Sancho Panza.

Como ayer, como hoy, mañana,
en el libro nunca viejo
su fiel y brillante espejo
tendrá la flaqueza humana.

Siempre del genio profundo
sacará el mundo su escote;
siempre cruzarán el mundo
Sancho Panza y Don Quijote.

Á UNA MUJER.

I.

Es verdad, te adoré... Tú eres hermosa,
púdome fascinar tu rostro bello,
y, enlazados mis brazos á tu cuello,
gozar soñé la vida venturosa.

Sueño es al fin de muerte dolorosa,
donde hallo que la dicha no es aquello,
porque es menguado amor que ni un destello
muestra del alma noble y generosa.

Yo he roto, sí, yo he roto aquellos lazos
que bendecir el cielo no ha podido,
en ellos mi virtud hecha pedazos.

Y aunque tan torpe soy que no le olvido,
no compensa el amor que hallé en tus brazos
cuanto por él me siento envilecido.

II.

Mil veces te llamé *corazon mio*,
cuando el candor que reflejó tu frente
altar te dió en mi pecho, y culto ardiente,
y adoracion, y regio poderío.

Mas no, no fué tu acento, falso y frio,
quien de quimeras me llenó la mente
y entre flores me atrajo á la pendiente
donde hallo al fin el desengaño impío.

Del pecho te arrojó mi justo encono,
y áun tiembla el corazon, avergonzado,
porque en él, á su voz, tuviste un trono.

A tí, pobre mujer, te he perdonado;
pero á mi corazon no le perdono,
porque él es el traidor que me ha engañado.

LA NUEVA VIDA.

Á CÁRMEN, MI ÚNICA Y QUERIDA HERMANA.

De la pasada vida
aún viene á renovar tenaz memoria
del corazon la herida...
¡ Ay, juventud, perdida
entre delirios de funesta gloria !

Con paso no seguro
llegué del mundo á la ignorada senda ;
y, roto el débil muro
que vela el goce impuro,
de mi hermoso candor cayó la venda.

Ví, volviéndome ciego ;
huyó la paz del alma de improviso ;
perdido ya el sosiego,
para mí murió luego
la encantadora luz del paraíso.

Negro el celeste manto,
sin flor ni fruto inmensas heredades,
oía con espanto
de las aves el llanto
y el fragor de terribles tempestades.

Del falso amor vivía ;
del placer que el hastío me brindaba,
un dia y otro dia
buscando la alegría
donde la fuente del dolor hallaba.

Veló en vano mi sueño
el maternal afán, con lisonjera
voz y cándido empeño
recordando el risueño
cuadro de glorias de mi edad primera.

Y en mis párpados rojos
leyó tal vez mi madre un desencanto
que dió á su amor enojos,
mientras roció mis ojos
con la bendita lluvia de su llanto.

Lágrimas maternas
bálsamo fueron con que el cielo quiso

poner fin á mis males ;
promesas celestiales,
gérmen de nueva luz del paraíso.

En ese llanto fundo
la dulce paz del alma, que hoy concilia
tanto goce fecundo
con que, huyendo del mundo,
vivo en el santo amor de la familia.

Y hoy, si mi madre llora,
es de placer, pues ve mi bienandanza,
ve que en mi pecho mora
un amor que atesora,
con recuerdos del suyo, la esperanza.

Hoy sonrie, pues siente
en mi apacible hogar la voz sencilla
de mi niña inocente,
y refrescan su frente
los besos de su alegre nietecilla.

El cielo azul y hermoso,
los patrios valles florecidos veo;
del ave en mi reposo
oigo el canto amoroso,
y ante la mar serena me recreo.

Con mi madre sonrío,
y todo es gala ya, cuanto fué luto...
¡ Dios bendiga el rocío
que en campo yermo y frio
hizo brotar la flor y el dulce fruto.

Ya más goces no anhelo;
bástame ya la paz que reina en casa ;
de fiel esposa el celo,
y este mi amor del cielo
que me inunda de luz y no me abrasa.

Corra tras el abismo
el que compra el placer al miserable
mundanal egoísmo...
Dentro está de mí mismo
de mi dicha la fuente inagotable.

Oh ! cuán desventurado
aquel que, en cieno el alma sumergida,
la luz no ha recobrado,
ni á gozar ha llegado
las santas glorias de mi nueva vida !

UN RECUERDO DE ORDUÑA.

Á MI QUERIDA PRIMA JOSEFA TAMÉS.

I.

Del mundo falaz huyendo,
de ese mónstruo que se agita,
enturbiando con sus alas
los raudales de la vida ;
como quien las sombras teme
y á la eterna luz camina,
voy subiendo, voy subiendo
al santuario de la *Antigua*,
que alzándose entre arboledas
sobre una verde colina,
á los nobles orduñeses
con la dulce paz convida.
¡ Bendiga tu amor el cielo
y tu ancianidad bendiga,

pueblo que, de tu grandeza
conservando las reliquias,
tus timbres gloriosos cubres
con las armas de MARÍA.

II.

Ya desde el átrio del templo,
con el alma conmovida,
sobre el valle de Arrastaría
alegre tiendo la vista.

Correr en el fondo veo
del Nervion las claras linfas ;
arroyos el valle cruzan
y sus tierras fertilizan.
Los maizales, los viñedos,
las pomaradas floridas ;
las pintorescas aldeas
que, animando la campiña,
se extienden sobre la falda
de la montaña vecina...
¡ Oh, valle ameno y hermoso,
el de la ciudad antigua !
Sobre tí sus gracias vierte
el dulce amor de MARÍA.

III.

Ya cruzo bajo la nave,
 dosel de la sin mancilla;
 de la que su puro aliento
 á mi corazon envía;
 de la que del mal me aparta
 y amor hácia el bien me inspira,
 y luz clara da á mi mente
 y el alma me fortifica.

Con majestad adorable
 en su santa casa brilla;
 blancas palomas la arrullan
 que en el campanario anidan;
 de un moral sobre las ramas
 álzase la Rosa Mística,
 eternas como el escudo
 de la pura fé que abriga
 pueblo que cubre sus timbres
 con las armas de MARÍA.

IV.

Ante el ara santa pende
 arbolada navecilla,

ofrenda de un pobre náufrago
 que en la Virgen halló guía
 para tornar de los mares
 al seno de la familia.

Náufrago del mar del mundo,
 ya con el alma tranquila,
 en la oracion recobradas
 las esperanzas perdidas,
 dejo el templo y cruzo el valle
 de la ciudad vizcaina;
 que ya impacientes me llaman
 los hijos del alma mia.
 Llorando vuelvo á sus brazos,
 lágrimas de inmensa dicha,
 que han brotado de la fuente
 del dulce amor de MARÍA.



VOTOS Y REJAS.

Eras casi adolescente;
aún tu corazón dormía,
no enturbiada todavía
de tu vida la corriente.

Sin amor, sin egoísmo,
sin saber en qué se peca,
cual niña que, por muñeca,
toma á juego el misticismo;
en tu inconsciente fervor,
de santas leyendo historias,
soñabas ya con las glorias
de una vírgen del Señor.

Con infantil alboroto,
de tu madre entre los brazos,
cantaste sagrados lazos,
y velo, corona y voto.

Después... yo te ví temblar
cuando hasta el altar llegaste

y tus votos pronunciaste
en las gradas del altar.

Tú ¿sentiste aquel temblor,
ó imaginación fué mía?
Que profesabas creía
con gusto, mas sin amor.

De mi opinión no te asombres
aunque esposa de Dios eres;
yo he visto á muchas mujeres
casarse así con los hombres.

En el claustro te abismaste,
y la reja se cerró;
y á Dios no engañaste, no,
á tí misma te engañaste.

Y hoy tu corazón sin calma
ya ni en la oración se aduerme,
y hacen que tu cuerpo enferme
las tempestades del alma.

¡Qué tarde á solas te quejas,
ya tus votos casi rotos,
de lo duro de los votos
y lo fuerte de las rejas!..

UN DRAMA EN UN SONETO.

Á MI AMIGO DON FRANCISCO LUIS DE RETES.

Es mujer de don Juan doña María,
que, amando tiernamente á su marido,
un secreto al altar llevó escondido
que aún turba su conciencia y su alegría.

Y ve don Juan su turbacion un día,
y, de su pecho en lo profundo herido,
no cesa de espiarla, ni aún dormido,
de horribles celos con la duda impía.

Y finge un viaje, y torna de repente,
y entra, y, ante el acero ensangrentado,
ella abraza un cadáver, aún caliente.

Que don Juan, por sus celos engañado,
ha muerto al hijo, víctima inocente
de la secreta mancha del pasado.

LOS MATRIMONIOS DE DIOS

Y LOS

MATRIMONIOS DEL DIABLO.

Á LA SEÑORITA DOÑA CONCEPCION CASTELAR.*

Yo sé que, con tierno afán,
hasta el pié del ara van,
haciendo un alma de dos,
unidos dama y galán
por lazos que forma Dios.

Mas que corren, también sé,
á escuchar faltos de fé
la epístola de San Pablo,
hombres y mujeres que
se unen con lazos del diablo.

* En el apéndice encontrará el lector algunas palabras acerca de esta y otras composiciones.

El candor presta su hechizo
á aquel lazo que Dios hizo
con un dulce y santo abrazo;
pero el otro, más que lazo,
es un nudo corredizo.

Con su lazo al cielo plugo
ofrecer del bien las palmas;
el otro es el férreo yugo,
el implacable verdugo
á que se entregan dos almas.

En el terreno social
suelen verse, bien ó mal,
de esta verdad testimonios;
y hallando yo teatral
la cuestion de matrimonios,
con alegría y con pena,
mas con intencion muy buena,
levanto el telon, señores,
para sacar á la escena
misterios de bastidores.

Primera pareja: Él
es un gallardo doncel
y una hermosa jóven ella;
del amor puro la estrella
brilló en su luna de miel.

Si no son ricos, él pasa
feliz, trabajando, el día,
y ella al gasto pone tasa,
y un monarca envidiaría
la alegría de su casa.

Siempre de la dicha en pos,
en un hijo ven los dos
la gloria de sus amores...
¿No hallais en este, señores,
un matrimonio de Dios?

Pareja segunda: Un viejo
y una niña que al consejo
de su padre ha sucumbido,
sin haber dado al olvido
cierto amor, que aún es su espejo.

De gracias pierde un tesoro,
y el viejo en su pena muda
ya teme hallar su desdoro,
porque ha comprado con oro
el tormento de la duda.

Niña y viejo... ya los veis;
ante el cuadro comprendéis
todo lo que de él no os hablo;
que en sus sombras hallareis
un matrimonio del diablo.

Tercer grupo: No es hermosa,
noble, ni rica la esposa;
mas él, hombre de talento,
la halló mujer virtuosa
y de claro entendimiento.

Mucho tiempo se estimaron
sin la venda del dios niño,
y sin ella se casaron;
mas, despues de unirse, hallaron
en la estimacion cariño.

Siempre con afecto igual,
el bien del uno ó el mal
gozan ó sufren los dos,
aspirando al ideal
de un matrimonio de Dios.

Cuarto grupo: Adolescentes
los dos, con frases ardientes
su pasion se declararon;
se vieron, se desearon,
y, al torpe afan obedientes,
de la razon por desvío,
una loca y otro ciego,
sienten ya del alma el frio,
y hallan, despues de aquel fuego,
el tormento del hastío.

Cuanto ansiaron les enfada,
insulto es cada mirada,
injuria cada vocablo;
que es union tan mal fraguada
un matrimonio del diablo.

En fin, en mi galería
casados mostrar podria
que, con cristiana entereza,
hallan amor y alegría
hasta en la misma pobreza.

Y más de dos matrimonios
que, de derroche en derroche,
dan muy claros testimonios
de entregarse á los demonios
por que los lleven en coche.

De otros y otros ya no os hablo
por no alargar el retablo;
pero diré, en conclusion,
que si muchos de Dios son,
no son ménos los del diablo.

Á UNA GRAN SEÑORA.

Te admiraba en tu palco... A sus latidos
mi corazón romperse parecía :
un hombre llegó á tí, te sonreía,
y en sonrisas pagaste sus cumplidos.

Pero tus ojos, ántes adormidos,
le hablaron de secreta simpatía,
y tu ardiente mirada le envolvía
con la eléctrica luz de los sentidos.

Tu esposo estaba allí ; vió tu mirada,
y se puso á jugar con los gemelos,
con su resignacion desvergonzada.

Y al verle en su impudor, saben los cielos
que hubiera sólo en él mi alma indignada
descargado la furia de mis celos.

EL DIVINO ARTE.

Á LA EMINENTE PROFESORA DE PIANO
SEÑORITA DOÑA ISABEL ECHEVERRÍA.

De tí me hablaban, Isabel : sabía
por voces que llegaban á mi oído,
siempre para tu elogio en armonía,
que la que había sido
desde muy tierna edad, dentro del templo
donde la patria el arte ha conservado,
de la infantil vestal el vivo ejemplo,
guardadora de aquel fuego sagrado ;
que aquella niña, en cuyos dulces ojos
brilló siempre del genio la constancia,
que, ganosa de lauros, con enojos
rechazó los juguetes de la infancia ;
que tú, en fin, Isabel, que, aunque veías
de tus muñecas las graciosas muecas,
por hablar con Bertini, muchos días

en un rincón dejabas tus muñecas ;
que tú, alumna de ayer, acaso ahora
eras del templo ya firme columna,
y habilísima y sábia profesora,
aún recientes los lauros de la alumna.

Esto supe de tí, y ansié escucharte
con vivo afán, porque, adorando el arte,
yo cultivo la santa poesía,
y en tí soñé encontrar la dulce hermana
que, vertiendo raudales de armonía,
con la luz de su gloria se engalana.

Te ví al fin ; te escuché. Pura, modesta,
sin vanos fingimientos de cobarde,
con sencillez que brillo al genio presta,
sin hacer de tus méritos alarde,
en una familiar y alegre fiesta
pulsabas el teclado
con ese delicioso desenfado
del que comprende el arte y le domina
é interpreta á inspirados creadores,
y por sendas difíciles camina,
de su luz interior á los fulgores.

Sí, tus dedos flexibles
vi yo cómo el marfil acariciaban,

transmitiendo á las cuerdas invisibles
todo cuanto sentían y pensaban
los maestros más dignos de tu estudio,
y algo tal vez de lo que tu sentías,
de extraño y dulce afán vago preludeo
que acaso, sin saberlo, traducías.

¡ Oh ! sí ; yo en el torrente
de notas, ora agudas ora graves,
que brotaba magnífico y potente
con el contacto de tus dedos suaves,
creía percibir como el suspiro
de un corazón de vírgen que despierta,
y que en la santa paz de su retiro
de un mundo que soñó busca la puerta ;
como á veces creía, desvelado
en la alta noche, ante el risueño prado,
junto al cántabro mar y en bosque umbrío,
oír, entre el confuso murmurío
que formaban las olas y los vientos,
voces, suspiros, risas y lamentos,
quizá besos de amores
que da la brisa á las dormidas flores ;
tal vez suave rumor del aleteo
del pájaro impaciente, que aún dormido
siente las inquietudes del deseo
de ver el sol y abandonar el nido.

¡Ah! perdona, Isabel, tú, tan discreta,
 estas indiscreciones de un hermano
 que en sus primeros sueños de poeta
 vió revelarse el inocente arcano
 de un corazón de artista, como el tuyo,
 que, hablando de otro amor, me habló del suyo
 con las vibrantes fibras del piano.

Por tí surge con llanto la memoria
 de aquella gloria que perdida veo,
 y en contemplar la luz de aquella gloria
 á través de mi llanto me recreo.

¡ Con qué hondo afán se vuelve el alma herida,
 con sed de santo amor nunca apagada,
 á los primeros pasos de la vida
 casi en el triste fin de la jornada!

Sigue, Isabel, del arte en el cultivo,
 tú que así le dominas y comprendes,
 pues, en un solo acento fugitivo,
 todo un mundo de ayer me muestras vivo
 con el sagrado fuego en que te enciendes.

Que te oiga yo, que ni una nota pierdo,
 aunque bien se me alcanza
 que he de hallar las tristezas del recuerdo
 donde á tí te sonría la esperanza.

Pues á ejercerle te llamó el destino,

tenga el arte divino
 su digno templo en tí, dentro del alma;
 que cuando, de tu vida en el camino,
 pasen las horas de apacible calma,
 y ménos la esperanza te sonría,
 y se anuble ese cielo,
 hoy tan rico de luz y de alegría,
 dentro del alma encontrarás consuelo
 y manantial de amor y de armonía.



EL DUELO SE DESPIDE EN LA IGLESIA.

Á MI AMIGO EDUARDO LUSTONÓ.

Sus párpados miré y estaban rojos,
del insomnio quizás, tal vez del llanto;
mas no se qué fulgor vi con espanto
de aquella viuda en los rasgados ojos.

Del marido, aún calientes los despojos,
brillar no pudo así recuerdo santo:
de otro profano amor al nuevo encanto
allí resplandecían los antojos.

Vi cómo el duelo, de la viuda en nombre,
en la iglesia por fin se despedía;
y, si no ha vuelto más, á nadie asombre.

Que en casa del difunto al otro día
buscando el duelo yo, sólo ví un hombre,
al que alegre la viuda sonreía.

EL ALMA DE HERMÓTIMO.

Era Hermótimo un griego
que de la ciencia alimentaba el fuego
con una gran virtud, que hoy nadie tiene,
aunque nuestros filósofos son tantos,
y que al sabio inmortal de Clazomene
pudo ahorrar mil domésticos quebrantos.

Justo es que no lo calle;
pues si no habla de Hermótimo en detalle
á mi escasa memoria
la historia que escuché de experto labio,
que tenía mujer dice la historia,
y un sabio con mujer... es mucho sabio.

Digo, pues, que á mi griego,
que por la ciencia se mostraba ciego,
no le quedaban ojos
para mirar á su bendita esposa,

y esto á la hermosa le causaba enojos,
porque presumo que sería hermosa.

Y como las mujeres
no recelan muy santos procederes
de los pobres maridos
que, en honestos quehaceres,
van á emplear el alma y los sentidos
de su casa por honra y por provecho,
sospechará cualquiera,
como yo lo sospecho,
que Hermótimo, al buscar la paz del lecho,
hallaba á su mujer hecha una fiera.

Sin cuidado del cuerpo, atento al alma,
y desvaído y todo espiritado,
con beatitud divina y santa calma,
por alta aspiracion transfigurado,
él, con sabias razones
y conyugal paciencia,
le cuenta sus lejanas excursiones
por el campo infinito de la ciencia.

Y á tanta maravilla
como el griego le dice en son de ruego,
contesta tan acorde su costilla
como quien nunca oyó ni ha hablado el griego.

Si la mujer es necia,
¿qué le importan los sabios de la Grecia?
Querrá... ¿qué ha de querer? A su marido
tener siempre á la mano,
siempre á sus pies rendido,
de sus gracias eterno cortesano.
— «¿Para qué me casé?— la tal diría,—
» ¿para qué me casé, Dios Himeneo,
» con un hombre que un día y otro día
» se va por esos mundos de paseo?
» Aunque goza de sabio tal renombre,
» ¿cómo podrá en conciencia
» probarme á mí este hombre
» que se entrega no más á su alta ciencia?
» ¿Por qué trae ese cuerpo tan rendido,
» débil y desmayado?
» ¿Por qué trigos de Dios habrá corrido?
» ¿En qué libros el tuno habrá estudiado?
» Yo sé que hay textos vivos
» que hacen perder á un hombre los estribos;
» y ¡éstos son, sólo éstos
» de mi marido los dichosos textos!»

Ay, amado Teótimo!
¡Qué situación tan triste la de Hermótimo!
El que su vida en el estudio pasa,
¿quieres decirme tú por qué se casa?...

Prudente, reflexivo,
 viendo que ya en historia pica el cuento
 de aquel de su mujer genio tan vivo,
 hijo de tan atroz temperamento,
 buscó y halló, con sobrehumana ciencia,
 medio de abandonar el cuerpo inerte,
 y lanzarse al espacio en pura esencia
 sin sufrir las angustias de la muerte.

No importa aquí saber qué sortilegio
 dió al gran hombre tan alto privilegio.

El caso es que mi Hermótimo salía
 á media noche ó al romper el día;
 y al suave resplandor de las estrellas
 ó á la primera luz de la alborada,
 dejando que sus dudas y querellas
 su mujer consultase con la almohada,
 buscaba á su hondo afán el campo abierto
 y, al lado del camino,
 soltaba en una zanja el cuerpo yerto
 y su alma se lanzaba á su destino.

¡Oh! con qué regocijo se bañaba
 en sublimes y etéreos resplandores,
 en que problemas altos estudiaba
 dignos de los humanos pensadores!

Y despues ¡ con qué pena descendia!
 ¡ Qué horrible sufrimiento
 cuando al mísero cuerpo al fin volvía,
 porque á su patria iluminar quería
 con la luz que arrancaba al firmamento!
 Pero, en una de aquellas excursiones,
 la mujer, en razon de sinrazones,
 por celos desvelada,
 dejando las consultas de la almohada,
 dispuesto su furor á mil fracasos,
 quiso seguir de Hermótimo los pasos.

Del sabio la cruel media naranja,
 que era todo un limon de puro acerba,
 el cuerpo sólo halló junto á una zanja,
 inerte y frio ya sobre la yerba.

¿ Viuda juzgóse allí la fiera esposa?
 ¿ O es que en el privilegio al fin creía
 con que él gozaba vida tan dichosa
 que frutos á la ciencia producía?
 Su pobre corazon, haciendo agravio
 del sabio á la alta gloria,
 ¿ soñaba con marido ménos sabio?

¡ Todo podía ser!... Dice la historia
 que la mujer, imperturbable, fria,

al contemplarle en su mortal reposo,
sin esperar el alma un solo día,
hizo quemar el cuerpo del esposo.

Y el alma volvió al fin; pero ni un grito
lanzó al hallarse sin su cárcel triste;
tornó á cruzar gozosa el infinito,
donde aún de galas y esplendor se viste.

Crímen fué el de la esposa sin ejemplo,
y de él la Grecia se creyó vengada,
alzando al sabio un templo
donde nunca mujer tuviese entrada.

¡Oh, venturoso Hermótimo! Qué envidia
te han de tener los seres de este mundo
condenados en él á eterna lidia
con dolor más intenso y más profundo!

Poco sufriste al fin, pues la miseria
de tu esposa feroz diste al olvido:
ella gozó en quemarte la materia,
mas tu espíritu el fuego no ha sentido.

Ya no hay mortal que logre ni un momento
dejar el cuerpo vil en torpe calma,
y librarse cual tú del fuego lento
que poco á poco nos consume el alma!

Á SOLAS.

Á MI ÍNTIMO AMIGO JUAN DE COUPIGNY.

¿Triunfé por fin de su poder impío?
¿Vencí la vil pasión?... Tal vez mi gloria
es ilusión no más, y la victoria
tregua que da el cansancio ó el hastío.

Cuando á solas me encuentro y me confío
el duro cargo de juzgar mi historia,
es verdugo implacable mi memoria
que me causa dolor, espanto y frío.

Todo ha sido luchar sin esperanza,
y dejarme vencer por cobardía,
y al peligro tornar sin confianza.

Y del lento dolor de esta agonía
tomar no puedo yo justa venganza,
pues tan sólo de mí me vengaría.

LAS MARINAS.

I.

¿Qué tienes, mar, qué tienes,
que así mi alma te llevas
envuelta entre tus olas,
perdida entre tus nieblas?

¿Qué espíritu te anima?
¿Qué fuerza en tí se encierra,
que atrae así mi espíritu
y así dobla mis fuerzas?

Pascos solitarios
mi triste pecho anhela;
y subo á la montaña
y bajo á la alameda,
y cruzo el bosque umbroso,
y nunca mis tristezas,
hasta que están contigo,
su dulce amigo encuentran.

Nacen mis pensamientos
como fuente serena;
de afectos escondidos
toman despues violencia,
y atropellados corren
y torpes se despeñan,
y, con su ruido vano,
el alma me atormentan.

Ellos mis pasos guían,
llévanme á tus riberas,
y, como de los rios
eres la tumba inmensa,
cuando desde la roca
contemplo tu grandeza,
en tí á sumirse todos
mis pensamientos llegan.

II.

Cuando desde la roca
admiro tal grandeza,
templada el ansia loca,
tal vez en los suspiros de mi boca
á un tiempo mi alma gime, canta y reza.

Con ánimo suspenso,
yo no sé lo que pienso

y lo que siento ignoro...
 Y ¿ qué placer es éste, dulce, intenso
 que con lágrimas brota? Y ¿ por qué lloro?

Materia torpe, deleznable, impura,
 yaces, como en los brazos de la muerte
 sobre la roca dura,
 mientras vuela mi espíritu á la altura,
 y en despreciar tus hierros se divierte.

¿ Dónde está el sabio impío
 que niega el sobrehumano poderío,
 da á la materia el cetro de los reyes,
 y de ese barro frío
 quiere que emanen las supremas leyes?...

En suave arrobamiento,
 de su cárcel el alma desprendida,
 de las olas contempla el movimiento,
 y fuente va á buscar de tanta vida
 donde todo poder tiene su asiento.

Y olas van y olas vienen á montones,
 y oigo yo en sus murmullos
 ecos dulces no sé de qué canciones,
 que de otra edad despiertan ilusiones
 durmiéndose el dolor á sus arrullos.

III.

Desátase el viento, las olas se agitan,
 tomando á mis ojos mil formas extrañas
 de monstruos que al golpe del viento se irritan,
 y al pié del peñon palpitan
 socavando sus entrañas.

Con fuerzas terribles asaltan la roca,
 sus brazos la aprietan, su peso la abrumba,
 y se alza hasta el pico rugiendo su boca,
 y de tanta furia loca
 llega á mí la hirviente espuma.

El cierzo deshace la parda neblina,
 y notas remeda de fúnebre canto,
 y se oyen plañidos del ave marina,
 que la tempestad vecina
 me anuncia ya con su llanto.

El trueno retumba; de tristes reflejos
 fatídica tinta cubriendo las olas,
 de naves perdidas me finge á lo léjos
 destrozados aparejos,
 desgarradas banderolas.

Y en pié yo en la roca, las iras excito
 del viento que ruge, y espanta las aves,
 y trae en sus alas del náufrago el grito,

y contra el peñon maldito
rompe las soberbias naves.

Que el mar que se mueve, de monstruos preñado,
el viento que brama, la nave perdida
y el ave que llora, jamás han turbado
el alma que han destrozado
tempestades de la vida.

IV.

Ya la mar no se alborota,
luce el sol sus puras galas,
y en el peñon la gaviota
bate de gozo las alas.

Sus tiernos polluelos llegan
á las rizadas espumas,
y sobre las olas juegan
bañando las blancas plumas.

Los sencillos pescadores,
ya con la red preparada,
olvidando los horrores
de la tormenta pasada,
en su barquilla ligera,
sin temer tristes azares,
van remando, mar afuera,

al compas de sus cantares.

Cual un trasparente velo
se corrió la niebla al monte;
y, sobre el azul del cielo,
en el lejano horizonte,
como ala blanca de un ave,
á descubrir ya se alcanza
la vela de alguna nave
que cruza el mar en bonanza.

Nave, que al puerto caminas,
pescador libre de pena,
alegres aves marinas,
cielo, mar, calma serena!...

¡Cuánto placer dais al alma
que, por estas soledades,
viene buscando la calma
tras las fieras tempestades!...



OTOÑALES.

CANTARES.

I.

Les arrancan los frutos,
los dejan solos...
¡ Tristes los campos quedan
en el otoño!
Y, sin amores,
¡ qué tristes van quedando
los corazones !...

II.

Se fueron las golondrinas,
pero alegres volverán...
Huyó el amor de mi pecho,
para no volver jamás!

III.

Cantando la niña estaba,
cantando sobre la roca:
« ¡ay del que á los mares fía
sus esperanzas hermosas! »

IV.

Cantaban, madre, los quintos
para decirnos « ¡á Dios!... »
Yo sé de uno que cantaba,
llorando su corazón.

V.

A la Virgen del Pilar
he llegado yo á pedir
que te dé toda la vida
que tú me has quitado á mí.

VI.

Por el río abajo corre,
que fué á caer en el río
la flor que me dió mi amante
en prenda de su cariño.

Al mar va la flor deshecha,
y ¡ay! que también se han perdido
las promesas de mi amante
en los mares del olvido...

VII.

Toca en la tierra la alondra,
y después canta, subiendo:
« si buscas amores, niña,
ven en mis alas al cielo. »

VIII.

En tu amor mis ilusiones
tuvieron su manantial,
y han muerto al fin en tu olvido
como ríos en el mar.

El manantial ya está seco,
son arenales los ríos,
y es un desierto que espanta
el pobre corazón mío.

IX.

Muchas noches he pasado
contemplando el firmamento;

entre millares de estrellas
no pude hallar dos luceros.

Los luceros que yo busco
no se encuentran en el cielo;
que en la tierra se han perdido
sus hermosos ojos negros.

X.

Luna de la hermosa noche!...
yo nunca la olvidaré;
que á la luz de aquella luna
le ví por primera vez.

El galan que ví de noche,
de día me habló de amor...
La luna alumbró mi alma,
para abrasármela el sol.

Menguó la luna y ha muerto
el sol que vida me daba...
El olvido del ingrato
es la sombra que me mata.

XI.

Hay en la playa una fuente,
una fuente de agua dulce,
pero que se vuelve amarga
cuando el agua del mar sube.

Mi corazon era fuente
de mis dulces ilusiones;
y es, desde que en él entraste,
fuente amarga de dolores.



Á SU ROSA EN EL OTOÑO.

Hoy hablo contigo
con honda tristeza ;
porque te habla un amor espirante,
á tí, flor ya muerta.

Sería mil veces
más honda mi pena,
si de tí, de mi amor y del suyo
hablase con ella.

En blanco sudario
por mí fuiste envuelta ;
tu epitafio sobre él tengo escrito,
y es sólo una fecha.

Si vió en el verano
tus hojas ya secas,
no las ve en el otoño amarillas
y casi deshechas.

Sin llanto en los ojos
á verte no vuelva ;
que si al verte no llora, yo acaso
matarla pudiera.



EL CONDENADO EN VIDA.

Á MI BUEN AMIGO GUMERSINDO LAVERDE RUIZ.

Yo le conozco bien; yo he penetrado
el misterio que envuelve su existencia;
es su alegría loca la apariencia
que oculta un gran dolor reconcentrado.

Allá en su corazón, que hoy me ha mostrado
con ingenuos arranques de inocencia,
no hay pasión que no extreme su violencia
con la furia de un mar alborotado.

De su conciencia contemplé lo interno,
y sé que, aunque al placer él se convida,
halla en su vida su dolor eterno.

Y sé que ya no teme su alma herida
las perdurables penas del infierno,
porque las sufre, condenado en vida.

Á GUILLERMINA

LEYENDO LAS *Doloras* DE SU ESPOSO.

Era el aniversario
de aquel día feliz y extraordinario
en que un dios, á quien llaman Himeneo
y en tales ocasiones necesario,
el logro sancionando de un deseo
que hoy, como entónces, tu virtud abona,
ante tu esposo, por mejor trofeo,
mostró al Amor tu virginal corona.

¡ Veintitres años ya ! ¡ Cuán pronto pasan
para aquellos que al bien dichosos nacen
y saben además lo que se hacen,
como tu y Campoamor, cuando se casan !

Por siglos los tuvieron
aquellos que, al casar, diéronse al diablo
y oyeron su sentencia, cuando oyeron
la epístola sencilla de San Pablo.

Por siglos, sí, los cuentan los traidores
á la sana razón, los infelices
que sueñan ver un porvenir de flores,
y no ven más allá de sus narices.

Por siglos los tendrán de su existencia
los que, faltos de fe, se la han jurado,
con votos que alarmaran la conciencia
de cualquier aspirante á diputado.

Pero, dejando vanas digresiones
que alguien puede tomar por alusiones,
vuelvo á mi tema, que sin duda quema;
mas ¿qué he de hacer? cumplir lo prometido,
y aunque veo ya en guardia á tu marido,
sigo siempre adelante con mi tema.

Digo que en aquel día
en que á un recuerdo, santo como hermoso,
con tierno afán tu corazón se abría,
abierto ante mi alma aparecía
el libro de *Doloras* de tu esposo.

Y mi propia conciencia
de sí misma encontraba algún reflejo
allí donde, hermanados arte y ciencia,
consiguen presentarnos un espejo,
cuyo brillo estremece á la inocencia.

Y pensaba en aquella Guillermina

que, en sueños del amor encantadores,
cruzaba su jardín, sin que una espina
entibiase su afecto hácia las flores;
se asomaba al cristal de alguna fuente,
sin ver más que el azul del firmamento
y la pureza de su hermosa frente;
y escuchaba á las aves, sin que el viento,
entre frases de amor y de alegría,
levase hasta su oído aquel lamento
que en el fondo del valle se perdía.

Así te contemplaba;
niña, feliz y alegre y candorosa,
como cuando el amor te reclamaba
con el nombre dulcísimo de esposa.

Así pensaba en tí, y ante mi alma
el libro de *Doloras* siempre abierto,
verte creía, en la nocturna calma,
al dulce afán tu corazón despierto,
aprovechar las agitadas horas
del día de tu enlace precursoras,
buscando con afecto codicioso
algo del sér de tu futuro esposo
en el alma que anima á las *Doloras*.

Y ¿por qué ha de buscar una doncella
el alma de su amante en una estrella,

ni en el perfume de una flor querida,
ni de la brisa en el suspiro suave,
ni en la postrera carta recibida
que dice lo que todo el mundo sabe?

Si es su amante poeta,
debe buscarla en la expresion secreta
que encierran sus cantares;
y allí verá quizás un alma inquieta
que á un tiempo quema incienso en mil altares,
que bendice recuerdos, ó maldice,
y es peor si aparecen maldiciones,
pues, para el alma que su historia ha escrito
arrojando recuerdos á montones,
suele ser más amado el más maldito.

Y ¡ay! de la pobre niña, cuya historia
hiciera sonreír, por lo inocente,
pues no guarda ella misma otra memoria
que haber visto su imagen en la fuente,
ó haber hablado un día con sus flores
mientras de amor hablaban dulcemente
allá en el robledal los ruiseñores.

¡Ay de la niña que, buscando el alma
del poeta á quien da su fe de esposa,
la ve en un libro en que la dulce calma
ha podido perder por ser curiosa.

No; tu pura conciencia
no encontró, Guillermina, su reflejo,
allí, donde, hermanados arte y ciencia,
lograron presentarte algun espejo
cuyo brillo alarmaba á tu inocencia.

Recuerdos que, á montones,
tu adorado poeta te arrojaba,
adornados tal vez de maldiciones;
su *Historia de otro amor*, desilusiones
que en sus propias memorias te mostraba;
aquellas *Buenas cosas mal dispuestas*,
paráfrasis quizá de sus respuestas
á cartas de una Emilia
que pienso que no fué de la familia;
memorandum de dichas y placeres,
de perfidias y engaños,
barajados con nombres de mujeres
y aún citas de los sitios y los años;
páginas para tí reveladoras
del secreto poema de su vida;
la tumba, en fin, de un alma en sus *Doloras*;
eso pudiste ver estremecida
en aquellas de insomnio largas horas.

Ya la mujer da pruebas de valiente
si, aún con el mucho amor que en ella cabe,

sabe ante Dios jurar la fe que siente,
y del sér que la inspira nada sabe.

Mas tú, que, de aquel modo,
en pocas horas lo sabias todo!
Tú que, al buscar en tan solemne instante
el espíritu puro de tu amante
para darle un mental y casto beso,
solo viste en el libro su brillante,
pero terrible, acusador proceso !...

Y, ya del nuevo sol á los fulgores,
al cristal te asomabas de una fuente
hablando de tu dicha con tus flores,
sin que el cielo nublasen de tu frente
de celos del pasado los dolores.

Grande fué tu valor, pues te casaste,
y, á la luz de tu amor tu fe despierta,
la existencia de un alma recobraste
que á muchos pareció que estaba muerta.

¡ Veintitres años há! ¡ Cuán pronto pasan
para aquellos que al bien dichosos nacen
y que saben al fin lo que se hacen,
como tú y Campoamor, cuando se casan!

EL VESTIDO LARGO.

Broma fué nada más y, sin embargo,
aún me hace estremecer, tierna hija mia,
aquella gravedad con que lucía
ese cuerpo infantil vestido largo.

Como padre, ya ves, no me hago cargo
del ansia natural que te movia;
que hallas en ser mujer dulce alegría,
y á mí no verte niña me es amargo.

Aun no sabes qué quieres ni qué esperas,
y tus muñecas ves con repugnancia,
y vestirse de largo ya quisieras.

Y luégo, cuando salves la distancia,
¡ si, cortando el vestido, al fin pudieras
volver al santo goce de la infancia !...

I T U R R I G O R R I .

(Fuentes bermejas).

Á ANTONIO DE TRUEBA.

I.

Recuerdo, hermano mio,
 aquella hermosa tarde
 en que, sereno el cielo
 y perfumado el aire,
 corríamos alegres
 por tus nativos valles,
 del laborioso vasco
 riqueza inagotable.
 ¡Ah! sí; de mi memoria,
 aunque los años pasen,
 recuerdo tan hermoso
 nunca podrá borrarse.

Dejando atrás viñedos
 y huertas con frutales,
 y blancos caseríos
 en donde manos de ángeles
 á amor, paz y trabajo
 alzaban sus altares,
 por solitaria senda
 risueño me guiaste
 al hondo *Iturrigorri*,
 en que, por rojo cauce,
 corren de clara fuente
 las aguas saludables.

¡Aguas limpias, serenas!
 Yo ví en vuestros cristales,
 como una estrella pálida,
 la frente reflejarse
 de alguna niña triste,
 que fué á perder más tarde
 el color y la vida
 que de vosotras nacen,
 junto á las fuentes rojas
 que desoladas madres
 contemplan, derramando
 lágrimas á raudales.

¡Ay, Antonio! En aquellas
 tranquilas soledades,

de amor y paz entónces
 se oían los cantares,
 no rugidos de fieras
 lanzadas al combate.
 El sol de la esperanza
 brillaba sin celajes,
 y eran del alma santos
 ensueños inefables
 la patria, la familia,
 la religion y el arte.

II.

Después, sobre el sepulcro
 sagrado de tus padres,
 alzó cruel fanatismo
 su grito formidable.
 Donde ántes los viñedos
 brotaron los zarzales;
 pasaron primaveras
 sin flor en los pomares,
 y piedra se hizo el suelo
 de aquellas heredades
 que el arado y la azada
 fertilizaban ántes.

Enrojeció la mano
 del fratricida infame
 los blancos caseríos
 que alegre celebraste.
 Huyó de ellos la vírgen
 rasgando sus cendales,
 borróse del abuelo
 la sombra venerable,
 y, sobre las cenizas
 frias de los hogares,
 de amor, paz y trabajo
 cayeron las imágenes.
 ¿Qué fué de aquellas dulces
 costumbres patriarcales,
 manchadas en la orgía,
 al pié de los cadáveres?
 ¿Qué de la patria? El vasco
 hirió á la augusta madre,
 la religion haciendo
 bandera de impiedades.
 ¿Y el arte? Con el cisne
 de aquellos robledales,
 con tu alma noble, Antonio,
 huyó espantado el arte.
 Fueron de *Iturrigorri*
 las dulces soledades

eco del rudo estruendo
de Abanto y de Galdames.
Sí, que en tus patrios montes
y en tus nativos valles
brotaron fuentes rojas,
corrió la noble sangre,
vertida por impíos
que llevan al combate
bandera con que afrentan
sus santas libertades.

¡Ay! de la paz la oliva
ha de cerrar muy tarde
la herida de esta patria
tan generosa y grande.
No vuelva por sus hijos
su herida á renovarse;
ahoguen la soberbia
con pecho de leales,
y en fraternal abrazo
por siempre el odio acabe,
¡por las bermejadas fuentes
de nuestra augusta madre!

¡GRAN CRUZ!...

Lo he visto y me parece horrible chanza;
lucías la gran cruz muy satisfecho...
¿Dónde está la virtud? ¿cuál es el hecho
que tan sagrado galardón te alcanza?

Yo, que tu historia sé, no hallo fianza
en que pueda fundarse tu derecho,
y allá en su fondo tu cruzado pecho
sólo abriga la envidia y la venganza.

Jesús, que fué al suplicio con paciencia,
otra vez en tu cruz se ve afrentado;
que ultraja su martirio tu impudencia.

Sobre el pecho la cruz has colocado;
pero Dios, en tu lóbrega conciencia,
está siempre por tí crucificado.

EL TRABAJO.

Es ley el trabajo, impuesta
por Dios al hombre caído :
de su fe siempre el olvido
el dolor al hombre cuesta.

A la santa ley traidor,
siempre que huye del trabajo,
del placer busca el atajo,
y en el placer el dolor.

Que pronto llega el hastío
del ocio en la torpe calma ;
y el alma sufre, que el alma
ve con horror el vacío.

Y ella el liviano deseo
de los sentidos no escucha,
pues sólo en la noble lucha
encuentra su digno empleo.

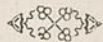
Y así, del alma en honor
el bien al trabajo asocio,

pues aquel que huye del ocio
huye también del dolor.

Y el trabajo es la inocencia,
y sus obras un espejo
donde halla santo reflejo
la calma de la conciencia.

¿A qué, pues, cerrar mi historia
tumba en el placer buscando,
si tan sólo trabajando
se puede morir con gloria?

¡Ley santa! Yo tus rigores
con profundo afán bendigo ;
que al amor de tu castigo
voy matando mis dolores.



A, E, I, O, U.

CARTA

Á MI BUEN AMIGO ALEJANDRO DE COUIGNY.

Ya ves, un poeta niño
que empieza á deletrear,
viene á saludarte al cabo
con un romancillo en *a*.

Recorreré las vocales
en estilo epistolar,
jugando casi al principio
y trabajando al final.

Mas ni en juegos ni en trabajos
sólo contigo he de hablar;
porque tambien deletreo
para tu cara mitad.

No cara porque te cuesta,
pues ni un disgusto te da;
sino por lo que la quieres,
y no haces nada de más.

Ella, Clotilde, ha venido
su gracia y nombre á prestar
al precioso coliseo
que nos sirvió de solaz.

Hija es al fin de Sobrado,
aquel artista ejemplar
que brillaba con Romea,
con Matilde y con Guzman.

Por eso, y porque tu casa
llegó tambien á ilustrar
con fama de autor dramático
tu hermano y mi amigo Juan;
y porque todo respira
dicha y calma en vuestro hogar;
y por vuestro gusto artístico
y vuestro trato especial,

era el teatro *Clotilde*
centro de una sociedad
que, sin pagarse de fórmulas
de efecto convencional,

decir pudo y decir puede,
siempre hablando en puridad,
que guarda oculta una gloria
la calle de Fuencarral.

Y suelto en la *a*, ya el niño
pasa corriendo á la *e*;
que en aquella gloria oculta
tuvo su parte tambien.

No quiero que oculta quede;
todo el mundo ha de saber
que en vuestra preciosa escena,
bien ó mal, hice papel.

¿No he de cantarlo, si al cabo
me vi rejuvenecer,
de galan allí saliendo
casi entrado en la vejez?

¿Si allí el amor me decía
palabras como la miel,
á mí, que en eso de amores
amargo acibar gusté?...

Siempre tan modestos fuisteis,
que, para vuestras *soirées*,
no pedisteis á un cronista
lisonjas de su pincel.

No se habló en letras de imprenta
de la finura con que
tu señora *los honores*
de su casa supo hacer.

Y es que, como vuestra casa
con su honor se halla tan bien,

ni necesitais hacerlos
ni decir que los haceis.

Pero cuando suda tinta
el genio de Guttenberg,
elogiando á tantos zánganos
como en el mundo se ven;
cuando se da tanto *bombo*
á tantos por no se qué,
¿para una gloria legítima
no ha de sonar ni un rabel?...

Sí; yo en mi lira la canto,
aunque alguien me llegue á ver
en esto de vuestras glorias
siendo á un tiempo parte y juez.

Y andando de letra en letra,
voy colándome en la *i*,
pues me quedan, Alejandro,
muchas cosas que decir.

Cómo las digo, lo ignoro;
todas van saliendo así...
que aunque al decirlas las siento,
ellas salen sin sentir.

Tambien se siente ya el frio,
que se ha colado en Madrid

sin pasaporte, ni cédula,
de una manera incivil.

De contrabando ha venido,
como acostumbra venir,
y eso que á los del resguardo
siempre les da en la naríz.

Es verdad que, como el frio
tiene ingenio tan sutil,
áun pegando bofetadas
puede llegar hasta aquí.

No entran tan bien por las puertas
el besugo ni el pernil,
sin pagar de los derechos
el postrer maravedí.

No, no creas que en el frio
he buscado yo un ardid
para encontrar tu teatro
todavía sin abrir.

Verdad es que, por las Páscuas,
otros años fuí feliz
representando galanes
cerca de dama gentil;

ó haciendo algun viejo chocho
con casaca y peluquín,
papeles en que, llorando,
tal vez os hice reir.

Mas ya ni bizcochos como
ni cazo alguna perdiz;
porque este año te has propuesto
que me consuma el *esplin*.

Iba ya á llorar el niño
si no llegaba á la *o*;
por eso, Alejandro, en ella
me he metido de rondon.

¡ Si vieras ! ¡ Siento ya un frio !
¡ Mira que es un frio atroz !
Luégo todo es triste en este
demonio de habitacion.

Antes, con las candilejas
y el lienzo del bastidor,
y luégo con los aplausos
de un público bonachon;
y á mis piés mirando la
nariz del apuntador,
y á mi lado la damita,
tan linda, ¡ válgame Dios !...

Creendo voy, Alejandro,
que no inspiro compasion,
cuando ya no te enternezco
con mi suplicante voz.

Un artista sin contrata
es lo mismo que un melon,
que, esperando quien lo cale,
se harta de tomar el sol.

¡Y si al fin el sol tomara!
Pero ¿qué he de tomar? ¡No!
Lo que estoy tomando es frío,
y tengo un hambre feroz.

Hambre de verme en la escena
haciendo un papel ó dos,
porque así olvido las farsas
de este mundo engañoso.

Vé preparando el tablado,
que se levante el telon,
y haga yo el amante tierno
para ir entrando en calor.

Luégo haré maridos, padres,
traidores... ¿qué no haré yo
para salir de esta fría
soledad del corazón?...

Ahora sí que el niño llora!
Vaya, entremos en la «,
que es letra más divertida,
y eso conforme y según.

Pues señor, no hay más remedio;
si no me contratas tú,
tendré que ir á hacer comedias
á Marruecos ó á Estambul.

Recordaré entre rifeños
la hazaña del cabo Múr,
miéntras cobre las quincenas
en raciones de alcuzcúz.

Y luégo, en Constantinopla
puedo jugar un albur,
enamorando á una turca
en el género andaluz.

¿Quieres que pase la vida
jugando al tute ó al mús,
ó paseando las calles
como un cesante gandul?

La ociosidad es el diablo
y quiero hacerle la cruz;
abre el teatro, no temas
que yo te pida ambigú.

No pienses que, al presentarte
de actor la solicitud,
aspiro á llenar la panza
como quien llena un baul.

Ahora, si el papel lo exige,
aunque me digas *non plus*,

tendré conciencia de artista
y estómago de avestruz.

Con que, Alejandro, responde;
no me cantes el *Mambrú*;
¿ves que estornudo de frío
y no me dices *Jesús*?

Pues tu tendrás tus razones,
y me conformo, y ¡abur!
que voy á templar con lágrimas
las cuerdas de mi laud!...



DIAS LLUVIOSOS.

INTRODUCCION.

En los días de lluvia,
en los brumosos días,
se extienden por el cielo de mi alma
nubes de una mortal melancolía.

En las cuatro estaciones,
áun en la más florida,
en los días sin sol, todas las sombras
que amontonó mi corazón se agitan.

Busco la luz abajo
 cuando no la hallo arriba,
 y entónces miro dentro de mí mismo,
 y mis propias tinieblas me horrorizan.

En los días lluviosos
 que los campos fecundan,
 contemplo el campo de mi vida estéril,
 y esta mi triste soledad me asusta.

Y como canta el niño
 cuando el miedo le punza,
 así grito yo entónces y así canto
 por disipar las sombras que me abruma.

Y de mi lira brotan
 las notas más profundas,
 porque entónces estallan en sus cuerdas
 todas las penas de mi vida juntas.

I.

¡Dulce, consoladora
 y santa poesía!
 Yo te olvidé gozando entre placeres
 de falsa gloria los menguados días.

Y tú me has perdonado,
 confidente y amiga,
 que ahora me buscas en las largas noches
 de dolor y tristezas infinitas.

Y ya con tus palabras
 á la lucha me animas,
 porque, al calor de tu sagrado fuego,
 el alma desolada resucita.

II.

Leíamos nuestros versos
 en una callada noche,
 y te ví grave y sombrío
 despues de oír mis canciones.

—¿De qué infinita tristeza
son esos vagos rumores?
¿No hay sol, no hay luz—me dijiste—
para tus inspiraciones?

—Tú cantas,—te respondía,—
de otro cielo á los fulgores :
naciste orillas del Bétis,
yo soy oriundo del Norte.

Tu musa del Mediodía
luce brillantes colores ;
entre gasas de las nieblas
la mia vaga en los bosques.

Del manso rio tu musa
los alegres cantos oye,
y sus dulces linfas bebe,
y vive de tus amores.

Al fiero mar de Cantabria
mi triste musa responde,
y bebe su amarga espuma,
y vive de mis dolores.

III.

De hierro por lazos el alma oprimida,
con otros de flores tú sabes que sueña...

Y sufre, soñando,
el duro tormento

del triste sediento
que se halla, bien mio,
amarrado por siempre á una peña
y viendo las aguas serenas del rio.

IV.

Te recuerdo y sufro tanto !...
Envuelta en túnica blanca,
como un ángel flotando en mis sueños,
divina luz me mostrabas
con la luz de tus ojos azules,
como una eterna esperanza.

Espíritu enamorado
que mi espíritu guiabas ;
en mis sueños oí tus gemidos,
sin verte ya, ví tus lágrimas.
Por amores livianos del mundo,
¡ tu amor del cielo olvidaba !

Otro amor al tuyo venga
sin que tú pidas venganza ;
que hoy mis sueños son sueños de gloria,
y en vano la busca el alma ;
que su luz es la luz de tus ojos
que ya los míos no alcanzan.

V.

Que eres fiel á tu amor yo no lo dudo.

¿Cómo lo he de dudar?

¿No ves que, si dudase, moriria,
y así tal vez podria descansar?

Pero no; ni me muero ni descanso,
ni hallo en tu amor la paz,
pues abriste con él esta honda herida,
que, cuando ya no he muerto, no es mortal.

¿Que me amas tú? ¿Que de la fe la lámpara
ilumina tu hogar?...

¿No ilumina la llama del incendio
y va dejando ruinas al pasar?

A la luz de esa lámpara, te gozas
mi herida en dilatar;
y á esa luz tu soberbia es mi verdugo,
siempre implacable y bárbaro y tenaz.

Pero, si me eres fiel ¿por qué me quejo
ni á qué te pido más?...

Me martirizas, pero no me matas;
que así tal vez podria descansar.

VI.

Si por lo más alto empieza
el incendio de una casa,
suele ser fácil cortarlo
antes de que el centro invada.

Mas si empieza por el centro
á alimentarse la llama,
muy pocas veces la altura
del edificio se salva.

Si en las luchas de la vida
la imaginacion se abrasa,
tal vez se corta el incendio
y hasta el corazon no baja.

Mas ¿qué cabeza resiste
la destructora pujanza
del fuego que ha devorado
el corazon entre lágrimas?...

VII.

Alejandro, emperador,
que por ciencia y heroísmo
fué tan gran conquistador,
se hizo del mundo señor
sin ser señor de sí mismo.

Y, al fin, en las convulsiones
de su terrible agonía,
vió, dominando naciones,
que de sus mismas pasiones
bajo el dominio moría.

«Venga *el más digno* á imperar!»
dijo, casi al espirar,
acaso por despreciarse;
porque ¿ cómo gobernar
quien no sepa gobernarse?

—
A tí, reina en los salones,
con tan alto ejemplo arguyo;
pues, con raras perfecciones,
dominaste corazones
y no gobiernas el tuyo.

Y hoy tu reinado perece
y tu codicia me explico;
que su imperio tu alma ofrece,
no á aquel que más lo merece,
sino al que hallaste más rico.

Y tú la has de ver pagada,
pues jugaste tal partida;
porque al fin serás tratada,
no como alma conquistada,
sino como alma vendida.

VIII.

Veinte años hace, sí; bien lo recuerdo,
y escrita está la fecha en el papel,
amarillento ya, como sudario
del muerto amor, que nuestra gloria fué.

Veinte años há que las marinas olas
venían nuestros sueños á arrullar...
¡ Quién diría que aquello, todo aquello,
sueño había de ser, y nada más !...

Hoy, que léjos de mí cruzas la playa,
si se alza en tu conciencia alguna voz,
te espantará quizás ver que es abismo
más negro que el del mar tu corazón.

IX.

« ¡El tirano al fin murió! »
 gritaba el alma de Bruto
 no bien César sucumbió...
 Y aquella muerte lloró
 Roma, cubierta de luto.

Y al llorar el crimen vano,
 Roma su mal presentía;
 pues Bruto, del golpe ufano,
 matar pudo un gran tirano,
 pero no la tiranía.

Y tras el crimen asoma,
 de altos destinos carcoma,
 la envidia con torpes celos
 de ambiciosos tiranuelos
 que empequeñecen á Roma.

Tirano el amor sería
 que tu orgullo asesinó
 y por tu gloria vivía...
 Roma su crimen lloró,
 y el tuyo tu alma reía.

¡ Firmaba tu libertad,
 cuando firmó su entredicho
 con sangre tu vanidad,
 por no acatar voluntad
 más alta que tu capricho?

Del grande amor los rigores
 ya no te roban la calma;
 hoy sufres penas mayores,
 esclava de esos amores
 que te envilecen el alma.

X.

Léjos estoy del mundo,
 aislado en esta roca;
 que es tan puro mi anhelo
 y mi pena tan honda,
 que el vano ruido de los hombres huyo
 por el rumor solemne de las olas.

Miéntras le escucho, creo
 que una voz amorosa
 entre suspiros tristes
 dulcemente me nombra;
 y es la voz de mi madre, y los suspiros,
 suspiros son que de su pecho brotan.

Cuando en el horizonte
 las tintas melancólicas,
 son misterioso anuncio
 de las nocturnas horas,
 su imágen me sonrie y me promete
 dichas que en esta vida no se logran.

Reflejando en su rostro
 su beatitud gloriosa,
 « ¡ Me voy !... » me dijo el día
 de su mortal congoja ;
 y mostraban sus ojos una lágrima
 y una sonrisa celestial su boca.

Sonriendo anunciábame
 su tránsito á la gloria ;
 diciéndome en aquella
 su lágrima preciosa :
 — » Presiento tus dolores, al dejarte
 del mísero destierro entre las sombras, »

¡ Ah ! Sí, quiero estar solo,
 aislado en esta roca,

donde oigo sus suspiros
 y su voz que me nombra ;
 donde su pura imágen me promete
 dichas que en esta vida no se logran.

XI.

Ya derrotado en Pavía,
 el rey de Francia decia
 en medio de su dolor:
 « ¡ Se ha perdido, madre mia,
 todo, ménos el honor !... »
 Pudo, tal vez sin llorar,
 la madre del rey cautivo
 aquel desastre mirar ;
 que aún, para poder luchar,
 el honor quedaba vivo.

De tus mil adoradores
 al adulator arrullo,
 con tus encantos mejores
 fuiste á librar entre flores
 la batalla de tu orgullo.

Y hablando tu orgullo herido
lo que tu conciencia calla,
«¡Todo, todo se ha perdido!»
gritar tu madre te ha oído
de vuelta de tu batalla.

Llorara dolor más fiero
si ella la historia estudiase;
que en tu grito lastimero
no vió menguada la frase
del rey Francisco Primero.

¿A qué, pues, te has de adornar
para volver á luchar,
si, con tu orgullo vencido,
ya nada puedes ganar
donde todo lo has perdido?...

XII.

Tranquilo junto á mí dormía el niño,
y su boca entreabierta sonreía,
y, por no despertarle, ¡qué callando
mis lágrimas corrían!

Y, soñando, su boca sonriente
me llamó con tan suave baluceo,
que, por no despertarle, los suspiros
se ahogaban en mi pecho.

Y así pasó la noche, ¡horrible noche!
siempre el niño durmiendo como un ángel,
yo callando de penas un infierno
para no despertarle.

Se despertó por fin cuando la aurora,
y aún más alegre que ella me miraba...
¡Que nunca sienta el niño la amargura
que es fuente de mis lágrimas!...

XIII.

Cumplirse en mí no ha logrado
el refran que hoy me importuna;
en jugar no hallé fortuna,
y en amor fuí desgraciado.
Y me ví tan castigado
por tanto duro reves,
que aunque el oro hallé despues
y amor me brinda calor,
ni me interesa el amor,
ni amor tengo al interés.

XIV.

Puede el cuerpo caer en un abismo
sin sentir el dolor de la caída,
encontrando la muerte al tiempo mismo
de perder la conciencia de la vida.

Mas para el alma ¡qué dolor tan hondo
caer en un abismo, por la suerte
condenada á vivir allá en el fondo
con las eternas ansias de la muerte!

XV.

Un genio, Napoleon,
que es el genio de la guerra
armado por la ambicion,
no halla en la tierra un rincon
que no aspire á hacer su tierra.

Cada victoria alcanzada
le impulsa á fijar la vista
en otra gloria soñada,
siempre extendida la espada
hacia una nueva conquista.

Cayó el genio en Waterló,
y aunque era tan grande en Jena,
más grande el mundo le vió
cuando su suerte sufrió
resignado en Santa Elena.

Ver el espejo has podido
que la historia te procura,
ya que no das al olvido
las glorias que han conseguido
las armas de tu hermosura.

De toda rival triunfaste;
á tu loca vanidad
ancho imperio conquistaste...
Mas tu Waterló encontraste
cuando cayó tu beldad.

Y hoy contra tu suerte fiera
te revuelves ofendida;
y yo, que grande te viera,
verte, mujer, no quisiera
tan pequeña en tu caída.

XVI.

Mi perdon en mis ojos iba escrito;
 yo no te hablaba de él,
 mas su prenda elocuente, viva, hermosa,
 en mis trémulos brazos te mostré.

Esperaba en silencio una palabra,
 una mirada, en fin,
 algo que revelase tu conciencia
 y en que tu corazon viera latir.

Ni el corazon ni la conciencia hablaron;
 pero habló la impiedad
 en tu horrible mirada, y sobre el pecho
 sentí á la prenda del perdon temblar.

Desde entónces no puede perdonarte
 mi herido corazon,
 aunque algo de él se me quedó contigo
 en mi adorada prenda de perdon.

XVII.

Salta ya los jarales
 de la manigua el tigre,
 el bárbaro insurrecto, que su frente
 de nuestra patria con la sangre tiñe.

De la noche en la sombra
 llega envuelto y embiste,
 y te hiera á traicion, y en tí se ceba
 que le humillaste en las honrosas lides.

En el cubano suelo
 te inmola horrendo crímen,
 donde el amor y la virtud florecen
 por la fecunda sangre de tu estirpe.

Y ¡ay! que en la dulce patria
 estábamos tan tristes
 tú padre y tus hermanos, esperándote
 con esos lauros que los héroes ciñen!...

Por España muriendo,
 «¡Viva España!» dijiste...
 ¡Qué muerte tan hermosa! Yo la lloro...
 Mas ¿qué español habrá que no la envidie?

XVIII.

Yo, que no escribo dramas ni el teatro
 he llegado á estudiar,
 suelo meterme en dramas de la vida
 haciendo algun papel muy principal.

Yo mismo los papeles me reparto,
 la trama la hago yo ;
 pero á veces me marcho por el fondo
 cuando debo salir por el balcon.

Hoy mismo desempeño un personaje
 en que me ves temblar ;
 y sabes cómo el drama se complica
 y que me encuentro en situacion fatal.

Pues bien ; el personaje á tí te entrego,
 á tí, que eres autor...
 Busca recursos, mátales, si quieres,
 ¡y salga de su horrible situacion !

XIX.

Tras largos años de ausencia
 vuelvo á verte, y te conozco,
 cual si nunca nuestra dulce
 relacion se hubiera roto.

Y tú tambien me conoces,
 ¿no es verdad? aunque en el rostro
 dejó su antifaz el tiempo
 con rasgos nada graciosos.

Desconocidos estamos
 y nos conocimos pronto ;
 por amor á tí lo siento
 como tú por amor propio.

¿Por qué, mujer, de los míos
 apartas ahora los ojos,
 si en estos días nos vemos
 como nos vimos en otros?

Mira, soy el mismo niño
 con que jugaste á tu antojo ;
 que aunque el cabello platea,
 mi corazon siempre es oro.

No es la plata que en tu espejo
 ves hoy brillar con enojos ;

no es la nieve que en tus rizos
va cayendo poco á poco...

No; lo que me espanta, cuando
á tus miradas me asomo,
es esa vejez más fria
que guardas allá en el fondo.

XX.

Las fieras tempestades de la vida
son como las del mar :
vuelve la calma, y la tormenta olvida
quien la puede olvidar.

¿Cómo olvidarla el náufrago que, herido,
con turbios ojos ve
desde el negro peñon que al fin se ha hundido
cuanto su dicha fué?

Y ¿cómo olvido la tormenta ruda
de una y otra pasion,
que ha hundido en los abismos de la duda
mi triste corazon?.....

¿ Calma? ; No hay calma, nó! Y aunque la roca
el mar no llegue á herir;
y aunque yo no suspire y á mi boca
se vea sonreir,

¿ creéis el mar tranquilo?... ; Allá en su fondo
ruge y se agita el mar!

¿ Reir me veis?... ; Del pecho en lo más hondo
me siento yo llorar!

XXI.

De la entraña del monte
brotó la oculta fuente;
y así nace el arroyo y luego el rio,
y el rio corre al mar y allí fenece.

Si eso mismo es el hombre,
que nace, vive y muere,
¿ cómo ha retrocedido hasta su origen
del rio de mi vida la corriente?

¿ Por qué ley, por qué fuerza
las aguas retroceden
hasta la entraña del nativo monte
que ayer las vió correr tan mansamente?

Es que rotas, deshechas,
 quizá llorando vuelven
 á recordar sonrisas de la infancia
 besando el tallo de la flor silvestre.

Arroyo desatado,
 despeñado torrente,
 caminando al azar, vuelvo á mi cuna...
 ¡y qué triste mi cuna me parece!

Casa donde he nacido,
 ¿por qué no te hallo alegre?
 Si los recuerdos de mi infancia guardas,
 déjame que entre lágrimas los bese.

Madre, en cuyo regazo
 me dormí tantas veces;
 padre, cuyos consejos aun pudieran
 la santa paz del corazón volverme!...

¡Qué pena sentiriais!
 qué pena si me vieseis
 tan solo aquí, donde encontré la vida,
 pensando en las dulzuras de la muerte!...

XXII.

Cuando en el firmamento
 fijo á solas mi vista,
 en la noche serena, contemplando
 la iluminada bóveda infinita,

sueña el alma que sale
 de su cárcel sombría,
 y, donde nunca llega la mirada,
 busca el amor, la luz, la nueva vida.

Los ojos ven la estrella
 que parece que oscila;
 y el alma ve su mundo entre los mundos
 que en el espacio sin cesar se agitan.

Aun de las nebulosas
 la gasa blanquecina
 la atrae, como si en ella viera un grupo
 de almas tristes que lloran escondidas.

De almas que el rumbo acaso
en la tierra perdian,
y el vuelo levantaron á otra esfera
donde llanto y amor las purifican.

¿Será que ya mi espíritu
en éxtasis camina
de una esfera á otra esfera, el Bien buscando
donde la luz de su dolor le guía?

¿Por qué no eres eterna,
noche que le iluminas,
si así busca su patria, y al destierro
vuelve al herirle con su luz el día?



INVERNALES.

CANTARES.

I.

Flores y frutos cayeron,
y, con los vientos de otoño,
desnudáronse los árboles
que ya visten nívicos copos.

La flor de la infancia muere ;
caen los frutos juveniles ;
desnuda el alma de encantos,
de desengaños se viste.

II.

Tristemente muere el año,
mas, donde encuentre su tumba,
sonriendo el año nuevo
hallará su blanda cuna.

¡Ay del corazón cuitado
que, ya en su invierno, no halla,
de una esperanza en la tumba,
la cuna de otra esperanza!

III.

Paloma, que al cielo subes,
si al nido no has de tornar,
llévate los tus hijuelos
que, sin tí, se morirán.

IV.

En los libros de los sabios
se aprende lo que es la vida;
á mí me enseñó esa ciencia
el libro de mis desdichas.

V.

Los años dan el saber,
y aunque yo muchos no cuento,
mi corazón es un sabio,
sus penas le han hecho viejo.

VI.

Echa leña á la lumbre,
¡leña, muchacha!...
Ya entra en calor el cuerpo...
¡ay! pero el alma!...

VII.

Que vengan los niños
al pié del hogar,
porque un cuento muy largo, mi vida,
les quiero contar.

Contando mi vida
renuevo mis penas...
Y ¡qué triste es pensar que mis niños
no aprenden en ellas!...

VIII.

Por volver á mi patria
 lancé suspiros ;
 y, de vuelta en mi cuna,
 llorando vivo.
 Y en vano el alma
 ha recorrido el mundo
 buscando patria.

IX.

Busco la dulce sombra,
 y no la encuentro ;
 busco la fresca fuente,
 de sed me muero...
 ¡Sube, alma mía ;
 que arriba está la sombra,
 la fuente arriba !...

Á SU ROSA EN EL INVIERNO.

Solo estoy ; ya los campos se cubren
 con manto de nieve ;
 mi cabeza se cubre de canas,
 de arrugas mi frente.

Solo estoy ; el papel, ya amarillo,
 que muerta te envuelve,
 de tu cuna feliz me está hablando
 y no de tu muerte.

Como guardo en mi pecho un tesoro
 que nunca envejece,
 mi infantil corazón con recuerdos
 quizá se divierte.

Mas pensar lo que fuiste, y mirarte,
y ver lo que hoy eres,
es soñar con sonrisas de un niño
que ha muerto y no vuelve.

¿Qué es de aquella que en tí me dió el alma?
tal vez en tí piense...
¿Mas de aquel, de mi amor beso casto,
quizás no se acuerde!



EL DIA DE LA BODA.

EPÍSTOLA Á ELVIRA.

Los más nobles deseos de mi alma
quírote declarar, graciosa Elvira,
hoy que abandonas la virgínea palma;
hoy que eliges esposo, que suspira
tu acento al escuchar, tan agradable
cuanto es ingrato y pobre el de mi lira.

Aunque por dulce le tendrás y amable
cuando, inspirado en la razon serena,
mi fraternal amor tranquilo te hable.

Pues tú, que eres sencilla, y pura, y buena,
ni las verdades tomarás á enojo,
ni la razon escucharás con pena.

Hora solemne para hablarte escojo,
y es tu destino quien me da el asunto,
no de las musas el pueril antojo.

¡Ah! ¡Si pudiera yo, punto por punto,

como fray Luis el docto, presentarte
de *Perfecta Casada* el fiel trasunto!

Mi falta suplirá de ciencia y arte
el no estudiado afecto del hermano,
que quiere á ser feliz estimularte.

Camino tiene la virtud bien llano,
y pues la mano diste á experto guia,
el lograr la ventura está en tu mano.

Él te llevó al altar, en él confía,
porque es guardar la fe de nobles pechos;
y no dejes el bien para otro dia.

Pues ya la historia consignó con hechos
que los panes de boda al fin amargan
si al principio no se hacen bien derechos.

A sí mismos los novios los encargan,
y un pan como unas hostias ellos hacen
si al conyugal deber el plazo alargan.

Mas yo sé que los vuestros rectos nacen,
panes que han de saberos á rosquillas,
que sólo en paz al bueno satisfacen.

Y obra la paz tan grandes maravillas,
que en sabroso manjar trueca el mendrugo,
y el tosco barro en mágicas vajillas.

Y pues al cielo concederte plugo
cuantas virtudes en mi mente copio,
no harás del santo lazo tu verdugo.

Antes de abnegacion harás acopio,
temiendo, por tu paz, las asechanzas
que en sus avisos guarda el amor propio.

Que este suele traer las malandanzas,
y recelos engendra que destruyen
con la fe las más dulces esperanzas.

Y con ellos, Elvira, luégo afluyen
injuriosas ofensas á los labios,
que el bien que roban nunca restituyen.

Pues son del amor propio los agravios,
y heridas causan que ni el tiempo cura
ni al consejo se cierran de los sabios.

De tu hogar eres reina; en él procura
que el templo de su amor halle tu esposo,
donde jamás se amengüe su ventura.

Tras el trabajo en él halle el reposo;
que no vaya á buscarle, hermana mia,
del mundo al mar revuelto y proceloso.

Si entra en casa tal vez con faz sombría,
de los negocios por la lucha incierta,
en tu prudente calma entónces fía;

al temor de tu mal no abras la puerta;
que aquel que piensa mal, el mal provoca
y en hallarlo en su daño sólo acierta.

De que es verdad cuanto te habló mi boca
la historia conyugal da testimonio,

y á tí estudiarlo por tu bien te toca.

Y estudiarlo sabrás, que el matrimonio
de la que supo ser hija tan buena,
no ha de pagar portazgos al demonio.

Pronto á tus padres dejarás con pena,
porque en el triste mundo traen su llanto
los más risueños cambios de la escena.

Mas, pues la ley divina obliga á tanto,
cuando al marido sigues amorosa,
queda á tus padres un consuelo santo.

Su hija no pierden en la nueva esposa;
más bien, de tu virtud á los fulgores,
un hijo más les ganas cariñosa.

Ya de la nueva vida en los albores,
sus cuidados pagad harto prolijos,
de vuestro propio bien les sois deudores.

Que en vosotros tendrán los ojos fijos,
con afán de cobrarse con usura
en lo que cobra un padre, en la ventura,
en la paz y en la gloria de sus hijos.

LA HONRADEZ EN LA POBREZA.

Un honrado comerciante
seis hijos llegó á tener,
y alcanzaron á ser ricos
por su buen padre los seis.

Mas la casa, levantada
con trabajo y buena fe,
por mal giro de un negocio,
se derrumbó de una vez.

Murió el padre, y, de los hijos,
uno solo supo hacer
buen huésped de la pobreza
con la heredada honradez.

Mendigos de lo que fueron,
llegaron su honra á vender
los otros, por no ir buscando
en el infortunio el bien.

Que en el mundo, en que sucumbe
la virtud por la altivez,
á ser pobres muchos llegan
y pocos lo saben ser.

EL PLACER DE HACER BIEN.

Un opulento banquero
su infortunio lamentaba,
porque, aunque rico, no hallaba
ningun placer duradero.

Con su inmenso poderío
goces al mundo compró;
mas, tras el goce, sufrió
los tormentos del hastío.

En su estéril existencia
todo lo hallaba pequeño,
y hasta le robaba el sueño
la inquietud de su conciencia.

Llevó á un pobre cierto dia
de una limosna el consuelo,
y el don recibió del cielo
que en vano al mundo pedia.

Sus deseos vió saciados,
y esta vez el poderoso
durmió con el sueño hermoso
de los bienaventurados.

Poder, oro y juventud,
no dan esa santa calma
que solo disfruta el alma
practicando la virtud.



EL ESPEJO ROTO.

¡Qué terrible desgracia te devora!
 Se ha hecho añicos la luna de tu espejo
 y no ves la lisonja del reflejo,
 la imagen de tu faz encantadora.

Mientras tu vanidad así deplora
 su catástrofe atroz, oye el consejo
 de este tu buen amigo, casi viejo,
 que sabe tu infortunio y no le llora.

Más que tu espejo es frágil la hermosura
 que viste en él con vana complacencia;
 no llores más lo que tan poco dura.

Mira dentro de tí con insistencia,
 y eternamente hermosa ser procura
 ante el limpio cristal de tu conciencia.

EL REMANSO.

¿Aun no lo ves, ángel mío?
 Corre desbordado el río
 y allá, entre la hirviente espuma,
 se arrastra la negra bruma
 como sombra de un navío.

Es la humanidad que avanza,
 tras una loca esperanza,
 á merced de sus pasiones,
 y oyendo las maldiciones
 que en la lucha el crimen lanza.

Ven; léjos de la corriente,
 hay un tranquilo remanso;
 allí el ruido no se siente,
 y allí es sereno el ambiente,
 dulce y eterno el descanso.

Del agua en la transparencia,
 se refleja allí la calma
 de una feliz existencia,
 sin que turben la conciencia
 vanos delirios del alma.

¡HASTA EL NOMBRE!

¡Pueblo infeliz, el que potente un día
supo á sus hijos enseñar su historia,
de los ricos laureles conquistados
en las eternas hojas!

Ayer, de patria y libertad al grito,
del enturbiado Vístula en las ondas,
con sangre de sus mártires dejaba
pregones de su honra.

Y mientras él lidiaba por sus fueros,
con estéril espanto vió la Europa
de la justicia las eternas leyes
por el tirano rotas.

En vano la nacion luchó sin tregua
y émula fué de la espartana gloria:
cien verdugos hallaba cada mártir
de la infeliz matrona.

Y al fin sin hijo se quedó el anciano,
huérfano el niño, en la viudez la esposa,
sin sus amores la inocente vírgen,
¡sin libertad Polonia!...

Y hoy, si del Niémen al rumor, despierta
de pasada grandeza la memoria,
los cantos del polaco son los ecos
de una patria que llora.

Y aquel tirano que arrasó sus campos,
que le robó su libertad preciosa
y la bendita paz de sus hogares,
¡hasta el nombre le roba!

Con las aguas del Vístula, teñidas
por la sangre que mancha su corona,
quiere borrar el moscovita César
lo que ni el tiempo borra.

Que es un nombre inmortal por el martirio
que á la conciencia del verdugo acosa;
voz solemne de Dios, que acusa el crimen
y la virtud pregona.

Perecen los imperios; mas no muere
de libertad la idea generosa...
Como la santa idea, será eterno
el nombre de Polonia.

EN LA MUERTE

DE

DOÑA MARÍA VICTORIA.

Noble esperanza de mi patria, un día
 á mi patria te trajo con tu esposo,
 que ella eligió por rey, y que ganoso
 de nuestra gloria y nuestra paz venia.

Sólo tu caridad pudo, María,
 fortalecer tu corazon hermoso
 en aquellas mañanas sin reposo
 y aquellas largas noches de agonía.

¡Yo en tus ojos le ví! Llanto infecundo
 vertiste en aras de mi patrio suelo,
 herida de tu pecho en lo profundo.

Y si llevaste con tan santo anhelo
 la corona de Reina en este mundo,
 con corona de Mártir fuiste al cielo.

EL TRIUNFO DEL ESPÍRITU.

Á MI BUEN AMIGO

PEDRO DE ATAURI.

Mi corazon, destrozado
 ante la humana miseria,
 ¡ cuántas veces ha encontrado
 al espíritu humillado
 por la ley de la materia!

Maldije ley tan impía;
 que, aun del placer en el centro,
 estremecido sentia
 cómo lloraba por dentro
 mientras por fuera reia.

Enfermo te llevo á ver;
 de amigo te tengo amor;
 pero bien puedes creer
 que gozo un santo placer
 áun llorando tu dolor.

Que si el dolor codicioso
no da á tu cuerpo reposo,
y le rinde y le estremece,
en tus ojos resplandece
tu espíritu victorioso.

Cuando el mal más cuerpo toma
v tu martirio sin palma
la flaca materia doma,
en tus sonrisas asoma
la fortaleza del alma.

Entre Luisa y Ascension
postrado y herido al verte,
levantas tu corazón;
que ellas dos ángeles son
que hacen al mártir más fuerte.

Triunfa el espíritu en tí,
y admirando tanta gloria,
cuando enfermo á verte fui,
más que tu dolor, sentí
el placer de tu victoria.

Cuando, entre santas mujeres,
vuelvan tus días mejores,
gozaré con tus placeres,
pensando en lo grande que eres
en medio de tus dolores.

LA LEVA.

Á MI BUEN AMIGO D. JOSÉ M. DE PEREDA.

I.

—¿Ves?... La hermosa luz del día
como tu valor desmaya;
deja, pues, la triste playa,
no llores más, hija mía.

—No puede escuchar consejos
quien ve cada vez más lejos,
entre las olas perdida,
la esperanza de su vida.

¡Ay, señor!

Ya no alcanzo en mi dolor
á ver la nave en que vuela
mi padre á servir al rey;
su amor me roba la ley,
y la ley no me consuela.

II.

—Y tú, mujer, con anhelo
debes calmar sus dolores ;
tus gritos desgarradores
aumentan su desconsuelo.

—Mi pobre niña inocente
el amor perdido siente.
Mas ya, ¿quién pondrá en mis manos
su pan y el de sus hermanos?

¡Ay, señor!

Que en mi profundo dolor
presiento males prolijos ;
que, en este afán angustioso,
lloro, más que por mi esposo,
por el padre de mis hijos.

III.

—Anciana, con triste calma
las inquietas olas miras ;
tú no lloras ni suspiras...
¿Qué es lo que has perdido?—El alma.

Era mi santo consuelo
un hijo, que es don del cielo,

y el mundo me le arrebató
con su ley, que es ley que mata.

¡Ay, señor!

Si es verdad que no hay amor
como el de madre, y ha muerto
el hijo que yo tenía,
juzga de la pena mía
cuando ni lágrimas vierto.

IV.

Hijas, y madres, y esposas,
ven para siempre perdidas
aquellas prendas queridas
con que vivieron dichosas.
Y del sol con la luz pura
espira ya su ventura,
y es tumba su hogar desierto
de la esperanza que ha muerto.

¡Ay, Señor!

Pues la ley con su rigor
los afectos no concilia,
haz que los hombres se hermanen,
que no luchen, no profanen
el amor de la familia.

LA PIEL DE LA JUSTICIA.

Á MI BUEN AMIGO

EDUARDO SOBRADO.

Sisammes, juez de Persia, sin cordura,
por su codicia se manchó en estrados;
y, sin justa defensa de abogados,
muerte infamante halló por su locura.

Clavada fué su piel en la armadura
del judicial sillón de sus pecados,
y escarmiento fué allí de magistrados
del prevaricador la desventura.

Bárbaros eran, sí, mas justicieros
los persas que atajaban la codicia,
de todo juez venal cortando cueros.

Y hoy, que barrena leyes la malicia,
no se encuentran los sabios tapiceros
que forren el sitio de la justicia.

Á DIOS,

RECORDANDO LA EPIDEMIA DE 1865.

Señor, con amor profundo
hasta tí su voz levanta
quien de tu justicia canta
y venera el bien fecundo.
Herido de muerte el mundo,
lloraba, se estremecía
y á tu piedad se acogía;
y al ver pasar su quebranto,
trocó el religioso llanto
en insensata alegría.

Y como el mundo se aferra
al placer con torpe anhelo,
tú le muestras desde el cielo
que no es su patria la tierra.
Cuando la herida se cierra
de un dolor, con otra herida

tu amor al ciego convida
 á abrir los ojos y á verte,
 viendo, cerca de la muerte,
 la luz de la eterna vida.

Si en su ingratitud, Señor,
 tu recuerdo el alma pierde,
 y hace sólo que se acuerde
 de que existes, el dolor,
 de tu clemencia el favor
 mayor que mi olvido ha sido;
 que ya hubiera sucumbido
 del dolor á los rigores,
 si en mí fueran los dolores
 tan grandes como el olvido.

Y pues del azote rudo
 me ha librado tu clemencia,
 y has cubierto mi conciencia
 de la fe con el escudo,
 hoy, al fin, rendido á codo,
 los ojos del alma fijos
 en tus favores prolijos,
 á levantar en mi ejemplo
 á tu santo amor un templo
 donde te adoren mis hijos.

LA CASA DEL RENEGADO.

I.

Ante la africana tierra,
 testigo de los desastres
 que, en lucha con nuestra España,
 sufrió el temerario alarbe;
 al resplandor de la luna
 que pálida y triste sale,
 y del mar á los rumores
 que fingen lamentos y ayes,
 voy á contaros la historia
 de esa casa miserable,
 que en la roca se levanta
 entre espesos matorrales.

Es el sentido poema
 de un alma sola y errante,
 que en vano busca el consuelo
 de sus eternos pesares.

II.

En Algeciras vivía,
por lo feliz envidiable,
un español caballero
de esclarecido linaje.

En dulce paz con sus hijos,
su esposa y su anciana madre;
con la bendición del cielo
en su lecho y sus manjares,
ni su pan amargó nunca
ni el sueño pudo turbarle
el afán de vanos títulos
ó de crecidos caudales.

La tradición no nos dice
qué causa pudo obligarle
á renunciar á las glorias
de felicidad tan grande.
Guardado quedó el secreto
de aquella inquietud constante
que nubló la faz serena
de su apacible carácter.

Si la tradición lo calla,
bien el poeta lo sabe,

y vais á saberlo todos
los que escucháis mis romances.
Que en las cosas de este mundo
no hay misterios para el arte,
y canto yo los del alma
que son los que al mundo placen.

III.

Un día que el caballero
llegó á pasar los umbrales
de un salón siempre cerrado
de la casa de sus padres,
para distraerse viendo
curiosas antigüedades
y retratos de familia
de muy nobles personajes,
quiso Dios que allá, en el fondo
de un desvencijado estante,
todo de polvo cubierto,
un cofrecillo encontrase,
que en la misma cerradura
tenía puesta la llave.

Abrióle el buen caballero
sin que su mal recelase,

sin sospechar que á su honra
mucho pudiera importarle.

Un papel sacó del cofre,
escrito estaba con sangre,
palabras en él hallara
que alteraron su semblante.

Y el papel leyó cien veces,
y otras ciento fué á dejarle
en el sucio cofrecillo,
y, con paso vacilante,
loco cruzaba la estancia
de trecho en trecho parándose
para recobrar aliento,
para respirar más aire.

Y es que aquel papel, firmado
con el nombre de sus padres,
vino, á través de los tiempos,
á dirigirle estas frases :

—«Son para tí, si es que tienes
algo de mi ilustre sangre,
estos renglones escritos
con la que en mis venas arde.
A cruzar fuí, por mi daño,
á cruzar los anchos mares ;
apresáronme piratas
que manda el moro Aben-Galve,

que dicen es descendiente
de nobles abencerrajes.

¡Oh ! ¡ mal haya su nobleza !
pues no puedo perdonarle
haber manchado mis canas
escupiéndolas cobarde.

Libre ya, pero sin fuerzas,
mi libertad ¿ qué me vale ?

Y sólo tengo una hija,
y ella no puede vengarme.

Manchas hay en nuestra honra
y es justo que al fin se laven ;
y porque algun día llegue
á quien deba interesarle,
bien se ha de hallar este escrito
en donde yo le dejare.

Si es que tú llevas mi nombre,
tú tendrás valor bastante,
y cruzarás los desiertos,
y buscarás á los Galbes,
y noblemente en el campo
sabrás vengar el ultraje...

¡Jura, por mi eterna gloria,
que, miéntras tu honor no laves,
ni á ver á tus hijos vuelves,
ni á pisar los patrios lares !...»

Y lo juró. Desde entónces,
 frío, reservado, grave,
 á solas con su secreto
 y sus contínuos afanes,
 sufriendo, sin que sus ánsias
 comprender pudiese nadie,
 fué concentrando las fuerzas
 de su espíritu gigante
 para el momento supremo,
 para aquel terrible trance
 en que era precisa toda
 la resignacion de un mártir.

IV.

Despídese el caballero,
 que al Africa ya se parte.
 Enjutos tiene los ojos,
 el alma en su aliento sale,
 diciendo al fin con suspiros
 lo profundo de sus males.

Viérais á los pequeñuelos
 verter lágrimas á mares;
 viérais á la tierna esposa,
 viérais á la anciana madre,
 abrazando al caballero

y en las mejillas besándole.
 Madre y esposa le hablaron,
 bien las oireis querellarse.
 — «¿Dónde irás, mi dulce esposo,
 del mar por las soledades,
 que encuentres estas delicias
 que en mi amor puedo brindarte?»
 — «¡Hijo, mi adorado hijo,
 el dolor que me causaste
 al nacer al mundo, vuelva
 mil veces á atormentarme!
 Pero el dolor de no verte
 ¿cómo podré soportarle,
 si ya me siento sin vida
 y aún de mí no te alejaste?...»

Lágrimas, quejas, suspiros
 y súplicas, todo en balde;
 que es el honor lo primero
 para quien honrado nace,
 y juramentos obligan
 á corazones leales.

Y allá corre el caballero,
 del mar por la inculta márgen;
 llega al puerto, ya está á bordo,
 leva sus anclas la nave,
 hincha las lonas el viento

haciendo crugir los mástiles,
y corta espuma la quilla,
lucha con el oleaje,
y álzase osada la proa,
y hácia el abismo se abate,
y vuela... y allá se pierden
el esposo, el hijo, el padre.

Sus prendas las más queridas,
sin aliento, jadeantes,
la turbada vista tienden
por los límpidos cristales,
y allá, sobre el horizonte,
entre rosados celajes,
fingen de alguna esperanza
consoladoras imágenes.

Ojos que correr te vieron
por los procelosos mares,
¿cuándo volverán á verte,
desdichado navegante?...

V.

Atravesó del desierto
los ardientes arenales;
y en su propósito firme
y en sus difíciles planes,

para evitar del camino
los obstáculos y azares,
con mentidas ceremonias
y fingidos ademanes,
adoptó de los infieles
las creencias y los trajes,
y hasta de la vida íntima
los usos más repugnantes.

Así sólo en sus moradas
pudo hallar acceso fácil,
pudo vencer sus escrúpulos
y confianza inspirarles.

Y en pos así del destino,
triste, febril, delirante,
solo con sus desventuras
cruzó por montes y valles.

Y las aldeas más pobres,
y las más ricas ciudades,
y magníficos palacios,
y humildes chozas y aduares
visitó con ánsia loca
su espíritu infatigable.

Y donde quiera buscaba
la familia de los Galbes,
y, aunque burlado su intento,
él siempre, siempre adelante.

VI.

Mirando el sol en su ocaso
desde los muros de Tánger,
un día con sus recuerdos
endulzaba sus pesares.

Acercósele una mora
con ademan suplicante,
llevando en sus brazos débiles
y entre rasgados pañales
una niña que dormía
con el sueño de los ángeles.
—¡ Bendígate Aláh! —le dijo.
—Anciana, que Dios te guarde.
—Si es cierto que allá en España
prendas de tu amor dejaste,
y que más piedad se abriga
en los que cristianos nacen,
renegado misterioso,
por tu vida, que te apiades
de la pobre huerfanita
que su infortunio no sabe.
—¡ Qué hermosa! duerme, mas siento
que sus manecitas arden.

—Siempre con fiebre despierta;
llora porque tiene hambre,
y yo la cubro de besos,
pero mi amor no es bastante.

Burláronse de mis súplicas
las kábilas montaraces,
y aquí todos ven mi llanto,
mas no le comprende nadie.
¡ Tú lloras! Tú le comprendes,
y tu sabrás consolarme.
Ese sol, que muere triste,
alegremente renace;
pero si muere mi niña,
huérfana de padre y madre,
renacer no puede nunca
la familia de Aben-Galbe.
—¡ Del pirata aventurero
que fué terror de los mares?
—En el mar se hundió su gloria
y en él su fortuna yace.
Pero, si al cielo irritaron
su ambicion y sus maldades,
no, no es justo que sus culpas
esta pobre niña pague.
—Y tú ¿quién eres, anciana,
que en su suerte tomas parte?

—Yo soy una rama seca
del árbol de su linaje,
que ya sin savia, sin vida,
cede despojos al aire.

—Por Dios te calles, anciana,
anciana, por Dios te calles;
que con tus revelaciones
mis esperanzas mataste.

Es un misterio mi vida,
á comprenderle no alcances;
yo de la niña me apiado,
y esto á tu ventura baste,
pues la piedad tanto puede
en los que cristianos nacen.

Al morir el sol mañana
aquí vendreis á esperarme,
y tendreis pan, y ya nunca
podrá rendiros el hambre,
y cobrará nuevo aliento
la familia de Aben-Galbe.

—¡Dios á tus hijos bendiga
en premio de tus bondades,
y á los hijos de tus hijos!...

—¡Anciana, que Dios te guarde!

Y perdido entre las sombras,
fué lentamente alejándose,

llorando el mísero muertas
sus esperanzas falaces.

VII.

Al día siguiente, cuando
declinaba ya la tarde,
hallaron anciana y niña
santo consuelo en el mártir,
que solo en Dios le encontraba
sufriendo sus propios males.

Y la mora conmovida
le dirigió tiernas frases;
de gratitud dulces lágrimas
corrieron por su semblante,
mientras la niña dormida
sonreía como un ángel,
cual si en aquel mismo sueño
su ventura adivinase.

Y el fingido renegado
huyó desde aquel instante
del trato de los infieles,
abandonó las ciudades,
vagó, vagó por desiertos,
y al fin vino á refugiarse

en esa empinada roca,
con su destino implacable,
triste, con el alma herida,
pero resignada, grande.

Juró como honrado y noble
la venganza de un ultraje;
y cuerpo á cuerpo en el campo
siendo imposible vengarle,
cumplir quiso el juramento
por la gloria de sus padres.
Pues, aunque afectos tan puros
con dulce voz le llamasen,
ni á sus hijos vió ya nunca
ni pisó los patrios lares.

Y ¿sabeis por qué su espíritu
fué por fin á levantarse
sobre la roca, gozando
con sus tristes soledades?
Porque en los días serenos,
entre las lomas distantes,
desde allí de su Algeciras
divisaba los hogares,
y las torres de sus templos,
y las copas de sus árboles.
Porque desde allí creaba
con su corazon amante

el mundo de sus afectos,
de sus goces celestiales;
y recibía suspiros
de los hijos, de la madre,
de la esposa, que esperaban
al perdido navegante.

Cuando del sol moribundo
iba la luz apagándose,
cubierto ya el horizonte
con las brumas de la tarde;
cuando las auras gemian,
se lamentaban las aves,
y era más lento el murmullo
del mar que las rocas bate;
entre aquellos mil sonidos,
tristes, vagos, discordantes,
y confundiendo ilusiones
con benditas realidades,
oir pensaba los ecos
de la campana vibrante,
que llegaban melancólicos,
con la oracion á brindarle.

Y entónces, allá en su mente
contemplando alguna imágen,
aquel combatido espíritu
lograba fortificarse

orando al Dios de su patria
con la pura fe de un ángel.

Y así su doliente vida
fué poco á poco acabándose,
sin que nunca los misterios
penetrar pudiese nadie,
del sentimiento profundo
de un alma triste y errante,
que hallar no pudo consuelo
á sus eternos pesares.



Á UNA TAURÓFILA.

En la plaza te ví, te ví en la grada,
y te confieso que con honda pena.
Te mantuviste allí más que serena.
implacable, feroz, transfigurada.

Viva, centelleante, tu mirada
no se apartó de la sangrienta arena,
ni en el momento aquel de la faena
en que expuesto á morir viste al espada.

¡Oh! ¡qué horrible te hallé de aquella suerte!
Aun pienso con espanto en la corrida,
pues ya sé que la sangre te divierte.

¿ Tú mujer ? ¿ Tú la madre prometida ?
¡ Si gozas con la lucha y con la muerte,
y una madre es amor, y paz, y vida !...

UN ECO DEL CORAZON.

AL AUTOR DE LOS «ECOS NACIONALES.»

EN LA MUERTE DE SU HIJA ÚNICA.

—¿Lloras?—Con el alma herida.
 —¿Qué nuevo dolor te inquieta?
 —Perdió su luz el poeta,
 sus esperanzas mi vida.
 A pesar de mis pesares,
 entonando mis cantares
 hondos gemidos ahogaba;
 y el ángel que me inspiraba...
 —¡Ay, Ventura!
 Ya comprendo tu amargura

y tu triste desconsuelo:
 mundo en lágrimas fecundo,
 jamás puede ser el mundo
 de los ángeles del cielo.

—¿Recuerdas aquellos días
 en que á mi puerta llamabas,
 y si la voz escuchabas
 de mi niña, sonreías?...
 Pasa, hermano mío, pasa:
 verás desierta mi casa,
 yerto y solitario el nido
 donde mi bien ha dormido...

—¡Ah! Ventura,
 aquella azucena pura
 trasplantada al triste suelo,
 premiará tu amor profundo;
 su aroma no es de este mundo
 y te le guarda en el cielo.

—¿Oyes? A la vez que el padre,
 alguien á mi Elisa nombra;
 del luto envuelta en la sombra,
 llora la afligida madre.
 Ya el sol no tiene fulgores,
 ni acento los ruseñores,

ni lumbre el hogar, ni calma
con sus recuerdos el alma...

—¡ Ay, Ventura!

que en esta cárcel oscura
cumplir no puedes tu anhelo;
que, en falsos bienes fecundo,
este mundo no es el mundo
de los que aspiran al cielo.

—Era mi mision, canté
y en pos de gloria corrí,
y al buscarla para mí,
por mi niña la soñé.
Estrella fué que el camino
alumbró de mi destino,
que mis fuerzas sostenía
cuando al dolor sucumbia...

—¡ Ah, Ventura!

Mártir en la tierra impura
viéndote el ángel, su vuelo
tendió con amor profundo,
y, abandonando este mundo,
palma te busca en el cielo.

Á LA MEMORIA

DE

BRETON DE LOS HERREROS.

Le llegó su *Cuarto de bora*
y sonriendo partió...
Todo en vida lo alegró
y todo en muerte le llora.
Ya brilla la eterna aurora
sobre la tumba del hombre;
que, para que al mundo asombre,
del patrio amor en el templo
deja en su vida un ejemplo,
deja una gloria en su nombre.

—
Su ingenio vivo y fecundo,
que la escena patria llena,
llegó á decir en la escena:

Todo es farsa en este mundo.
 Él se desmintió, y me fundo
 en esos mismos papeles
 que, del mundo espejos fieles,
 sacó su ingenio al proscenio;
 pues ni farsa fué su ingenio,
 ni son farsa sus laureles.

«¿Qué dirán?» con noble afán,
 tachando el error, exclama:
 tal vez por su propia fama
 pensaba en *El ¿qué dirán?...*
 Los años pasando van,
 y esta sociedad inquieta,
 á mil trastornos sujeta,
 siempre *de él* lo mismo dice
 y con orgullo bendice
 las gracias del gran poeta.

¿Temió el olvido quizás?
 Con la muerte le hermanó,
 cuando el cuadro presentó

de su ; *Muérete y verás!*
 Si ha muerto BRETON, jamás
 puede morir su memoria,
 y él ya *lo ha visto*, y la historia,
 que al ingenio nunca olvida,
 sus *cuartos de hora* de vida
 cuenta por siglos de gloria.



LA HIJA DEL POETA.

PISODIO DE LA MUERTE DE LUIS EGUILAZ.

I.

Ya del dolor en el lecho,
 va poco á poco acabándose
 la vida de aquel poeta
 que, en el camino del arte,
 cantando *dulces mentiras*,
 llorando *amargas verdades*,
 y honrando del siglo de oro
 á los más preclaros vates,
 supo conquistar laureles
 que nunca han de marchitarse.

En su agonía murmura
 no sé qué sentidas frases,
 que más parecen lamentos,
 quejas, y suspiros, y ayes.

Con el de su tierna hija,
 tal vez á su labio sale
 el recuerdo de su patria,
 que triste y herida yace,
 manchada la frente augusta,
 de fratricidas con sangre.

Y así, pensando en su niña,
 á quien deja quien la ampare;
 viendo en su patria doliente
 su desamparada madre;
 rogando á Dios, que le llama,
 que tantos duelos acaben,
 el poeta y buen cristiano,
 el que en la tierra fué mártir,
 va á descansar, que ya es hora,
 ya es hora de que descanse.

II.

Es la alta noche. En la casa
 no hay quien silencio no guarde;
 ni un suspiro le interrumpe,
 ni una voz viene á turbarle.
 Sobre el lecho del poeta
 dos hombres la frente abaten,

del dolor estatuas mudas,
que no han sentido acercarse,
entre las sombras envuelta,
una niña que es un ángel.

—¿Cómo estás, papá?—¡Silencio!...
Vén, Rosa, vén á acostarte,
y no hagas ruido, que duerme,
que duerme tu pobre padre,
y de ese tranquilo sueño
su vida debe esperarse.—
Y la inocente, quedito,
de puntillas alejándose,
entra en su alcoba y se acuesta
rezando á una santa imágen.

Y al besar la nueva aurora
de la alcoba los cristales,
vuelve á vestirse de luto,
dos veces huérfano, el ángel.
Que el poeta que dormía
cuando ella fué á saludarle,
no despertará del sueño
aunque su niña le llame,
que hartó ha sufrido, y es hora
de que al fin duerma y descanse.

SÍSIFO.

Á MI AMIGO DON FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA.

Levantarse, caer, y la eminencia
ir buscando otra vez con hondo anhelo,
y volver á caer, casi del cielo,
con su peso abrumada la conciencia.

Ese es el hombre y esa su existencia,
de lucha perdurable en este suelo;
Sísifo siempre y á pesar del vuelo
y el orgullo atrevido de su ciencia.

Sísifo que, con ansia de la muerte,
ve que, para amenguar su desventura,
es inútil la fe de su heroísmo:

Que, por sarcasmo horrible de la suerte,
nunca toca la cima de la altura,
y llega siempre al fondo del abismo.

¿QUÉ SERÁ DE ELLOS?

Junto al cantábrico mar
y del mar del mundo léjos,
viendo la espuma brillar
á los pálidos reflejos
de la luz crepuscular ;

miéntras por la blanca arena
mis hijos corren sin pena,
con inocentes antojos,
este afán, que mi alma llena,
en llanto asoma á mis ojos.

Contemplando el mar sombrío
busco el porvenir quizá ;
y aunque á mis hijos sonrío
cuando la ola viene ó va,
¿qué será de ellos, Dios mio?
¿qué será?

Mis lecciones recordando,
tal vez en la arena juegan

letras mis hijos trazando,
y olas y más olas llegan
que las letras van borrando.

Oleadas de pasiones
en la ardiente juventud
llenarán sus corazones...
¡Ay! ¿borrarán mis lecciones
de honradez y de virtud?

Si en vano mi amor se afana
y al mañana corren ya,
por ley de la vida humana
que á luchar los forzará,
¿qué será de ellos mañana?
¿qué será?

Brota en la playa una fuente
donde ahora juegan mis hijos ;
su cristalina corriente
sin tocar peñas ni guijos
baja al mar muy dulcemente.

De otra fuente el agua brota,
que entre los peñascos rota
desde el monte se derrumba,
y monte y valle alborota
buscando en el mar su tumba.

Fuente de cristales bellos

en mis niños brota ya ;
 mas, del mundo á los destellos,
 la corriente cambiará...
 y ¿qué será entónces de ellos ?
 ¿qué será ?

Como un pájaro ligera,
 cruza la mar una nave
 que alguno con ansia espera...
 ¿Adónde va ? ¡ Dios lo sabe !
 ¿Arribará ? ¡ Dios lo quiera !

Con mar bella y rumbo cierto
 otra nave dejó el puerto ;
 volaba tambien, volaba...
 Mas ya la esperanza ha muerto
 del triste que la esperaba.

Pronto la nave atrevida
 de esos niños volará
 del mundo en la mar temida...
 Y ¿qué rumbo llevará ?
 de los hijos de mi vida,
 ¿qué será ?

Torrente fuí despeñado ;
 mi propia furia sentí ;
 buque en la mar engolfado ,

sin timon , desarbolado,
 entre las olas me ví.

De buscar playas ignotas
 tan desengañado vivo,
 que ya, con las alas rotas,
 poso en el peñon nativo
 como las blancas gaviotas.

¡ Pobres hijos ! Dios les guarde
 de lo que de mí fué ya :
 de candor haciendo alarde
 su infancia pasando va...
 ¿qué será de ellos más tarde ?
 ¿qué será ?...



Á BALZAC.

O el hombre se hace monje de la Trapa,
ó ha de estar por sí mismo condenado
á sufrir como aquel desventurado
protagonista de tu *Piel de Zapa*.

Piel de mengua fatal lleva por capa
el corazon, bajo su peso ahogado,
pues en todo deseo realizado
le muestra que la vida se le escapa.

Viejo en la juventud, bien claro veo
que del bárbaro crimen del suicida
ya, por mi corazon, he sido reo.

Tuvo tan sólo una ilusion querida,
y perdí, realizado aquel deseo,
la mitad más hermosa de mi vida.

INTRODUCCION

DE

EL POEMA DE ESTE INFIERNO.

Á DANTE ALIGHIERI.

En medio del camino de mi vida,
á la orilla del mar lloraba á solas,
toda esperanza para mí perdida.

Al rumor imponente de las olas,
repasaba tu libro, aquel *Inferno*
en donde tantas víctimas inmolas.

Allí ví las pasiones sin gobierno
arrastrando á las almas, sin más guía,
por la mansion de su dolor eterno.

Allí á la triste humanidad veía,
y á mí, y á tí también, con tu castigo,
pues tu venganza el pecho te mordía.

Que aquel que no perdona á su enemigo,
al gozarse en su bárbaro quebranto,
su infierno más atroz lleva consigo.

Y yo perdon te pido, si en mi canto
de la humana pasión no te desnudo
al admirarte en la ciudad del llanto.

Que de esta vida con acento rudo
canto el infierno y, ante sus horrores,
de la misma virtud á veces dudo.

Y tengo ya por guía mis dolores,
y otro no he menester, pues bien me prueban
que en achaques de infierno son doctores.

Y con amor tan fiel ellos me llevan,
que, por no abandonarme en el camino,
si el cansancio los rinde se renuevan.

Y acaso podrá ver, genio divino,
tu amiga sombra, que de mí no apartes,
cómo, sin credencial, voy á un destino.

Senda no he de elegir con nuevas artes;
que, si por todas partes se va á Roma,
al infierno se va por todas partes.

Y no se juzgue que lo tomo á broma,
ó que mi musa tímida no acierta
por dónde entrada en el abismo toma.

Puerta no ha de faltar, y bien abierta,
pues, para darme entrada en el abismo,
no es la Puerta del Sol tan mala puerta.

Ni extrañes, Alighieri, este humorismo,
que es, al fin, como risa de demonio
del que ahora canta en el infierno mismo.

Que es mi poema vivo testimonio
de que andan aquí juntos llanto y risa,
en reñido y sangriento matrimonio.

Y voy, Dante, de prisa, muy de prisa,
arrastrado tal vez por mis deslices,
con esta introduccion nada concisa.

Y si, buscando ideas más felices,
hallase mi Beatriz!... Pero en el mundo
andan tan escondidas las Beatrices!...

Pide á la tuya con tu amor fecundo
que, desde el cielo que su planta huella,
mientras canto este báratro profundo,
mi alma encamine á su divina estrella.

FIN.

APÉNDICE.

Terminada está ya la impresion de mis CUATRO ESTACIONES, y aún encuentro al repasar sus páginas, cuando ya va á levantarse el telon para que aparezcan en la escena pública, algo de lo que, desapasionadamente considerado, suele encontrar el autor dramático de conciencia en el ensayo general y decisivo de su obra más cuidada.

El mismo deseo de que mi libro llegue á interesar verdaderamente, así en la forma como en el fondo, lo mismo que á los profanos, á los severos inteligentes del arte, me hace ver descuidos en mi obra, como padre á quien pasion no quita conocimiento de los achaques de su hijo. Y en verdad que alguno de los defectos de pura forma que ahora noto, se ha debido á un nímio y exagerado afan de equilibrio y medida en las estancias, que me aquejó todavía estando el pliego ajustado y en máquina, es decir, cuando ya no suele haber serenidad y calma suficientes para la correccion.

Bien sé que no todos los lectores echarán de ver esos descuidos; pero conste que yo, aunque algunos de escasa importan-

cia, no me los perdono. Y paso, despues de esta protesta de mi severo afecto paternal, al propósito con que escribo este apéndice.

Cierto estudioso y analizador amigo mio me hacia notar el interes vivísimo que ofreceria á los que estudian á fondo las obras de los poetas, un complemento en que, á manera de génesis, explicase el poeta mismo (pues él únicamente podria hacerlo), cómo, en qué circunstancias, en medio de qué lucha de afectos, por qué extraño ó por qué natural accidente de su vida, concibió el pensamiento de cada uno de sus poemas.

—Pero entónces (le contesté yo) el poeta lírico, que es esencialmente subjetivo, vendria á escribir una autobiografía demasiado íntima, con la probable desgracia de hacer perder á sus más bellas concepciones ese hermoso velo de pudor que no debe faltar nunca á las obras del arte.

Tiene ademas fuerza contraria á la presentacion de tal génesis, el encanto de todo lo que es misterioso, que es uno de los secretos de atraccion y simpatía profunda de las *Rimas* de Becquer, que murió demasiado jóven, llevándose en su alma la fuente amarga de sus sentidas inspiraciones.

Limítome yo aquí á decir las palabras más necesarias para la explicacion conveniente del por qué de ciertas composiciones, ó para corresponder como bien nacido á las deferencias y bondades de algunos de los amigos á quienes otras están dedicadas.

Procederé ordenadamente.

La romería de San Isidro, página 36.

Se comprende que esté tan candorosamente sentido y expresado el pensamiento de esta composicion, si se tiene en cuenta que el autor la escribió cuando aún era casi niño,

estudiando léjos de sus padres y hermanos, y cuando apenas empezaba á cultivar públicamente la poesía.

La música en el matrimonio, página 55.

Esta y alguna otra composicion, que citaré, han sido incluidas en la obra para darle alguna variedad, aunque por su carácter dudase yo en qué parte del volúmen tendrian más propia entrada.

El amor y el trabajo, página 69.

Descontento yo del desarrollo y de la forma de este poemita, obra tambien de mi infancia literaria, le he incluido para satisfacer el inocente, aunque bien comprensible entusiasmo de algunos honrados y laboriosos labradores de Asturias, amigos míos.

Don Quijote y Sancho Panza, página 114.

Esta letrilla fué leida por mí en la solemne fiesta literaria celebrada en honor de Cervantes, en el salon de sesiones del Senado, en la noche del 23 de Abril de 1869. Dedicola á mi respetable amigo el insigne Hartzzenbusch, por pagar de algun modo á este eminente escritor, cuyas canas cubren tantos y tan bien conquistados laureles, la benevolencia y el aprecio, no merecidos, que en aquella y otras ocasiones me ha manifestado.

Un drama en un soneto, página 130.

Todos los sonetos distribuidos en las cuatro partes del volúmen, han sido leidos en una reunion de literatos, habiendo sido compuesto éste para dedicarlo al Sr. Retes, distinguido autor dramático; como á su compañero de legítimas glorias, Sr. Perez Echevarría, dedico el titulado *Sísifo*, y otros á dis-

tintos y no ménos reputados escritores que tambien me han estimulado á la formacion y publicacion de esta obra.

Los matrimonios de Dios y los matrimonios del diablo, página 131.

Fué leída por mí esta composicion en una de las últimas sesiones celebradas en el paraninfo de la Universidad central por aquella inolvidable *Academia de conferencias y lecturas públicas*, de que me honraba yo en ser individuo, y de cuya fundacion en 1869 debiamos estar tan satisfechos y enorgullecidos entón-ces, como hoy avergonzados de que el noble y santo pensamiento de educar é ilustrar de un modo tan ameno á la mujer, no haya continuado en su realizacion y desarrollo.

En la sesion pública á que me refiero, la elocuente y arrebatadora palabra de Emilio Castelar tuvo para mí doble encanto: el que tiene siempre que llega á mis oídos, y el de haber dejado de tan eficaz y dulce manera dispuesto el corazón del auditorio á la benevolencia, que sólo así se comprende el aplauso con que fué recibida la lectura de mi poesía *Los matrimonios*. La dedico á la inteligente y digna hermana del admirable tribuno, porque no hallo otro modo mejor de corresponder á las muestras que entónces me dió de su simpatía hácia mis bocetitos conyugales.

Las Marinas, página 150.

Nunca olvidaré las horas de dulce consuelo que encontré escribiendo esas cuatro composiciones á la orilla del cantábrico, en un arrinconado puertecito de Asturias; porque además, si alguna vida tiene mi musa, se la debe al profundo sentimiento que engendrará siempre la contemplacion de los cuadros de la naturaleza, madre cuyos favores son tan grandes como poco agradecidos.

Iturrigorri, página 174.

Perdónenme los vascongados, y en particular mi queridísimo poeta y amigo de siempre, Antonio de Trueba, que les haya hecho algo de severa justicia en esa poesía, hija de mi verdadero cariño hácia aquel hermoso país, ya revelado en el tomo en mis gratos recuerdos de *Quitapesares y Orduña* (páginas 61 y 124).

A, E, I, O, U, página 182.

Esta festiva carta es una de las dos ó tres poesías incluidas en la coleccion para darle más variedad, pero con la especial circunstancia de venir á ella por el impulso natural del agradecimiento del autor á los señores de Coupigny que, con sencillez encantadora de carácter y de trato, han endulzado algunos días de amargura en aquellas reuniones verdaderamente artísticas que, sin la más ligera cita en la prensa, concluyeron por llamar la atencion de autores y artistas dramáticos distinguidos.

Creo que la composicion se comprenderá fácilmente por los lectores; y, para que entiendan tambien el detalle, oscuro para ellos, á que se refieren estos dos versos,

mas ya ni bizcochos como
ni cazo alguna perdiz,

diré aquí que los bizcochos se servian oportunamente en un lindo y característico cuadrillo lírico-dramático titulado *Un San José de Antaño*, en que tomé parte como actor, y cuya letra y música escribieron respectivamente mis amigos Eduardo Sobrado é Isidoro Rosseti. Y en cuanto á lo de las perdices, se refiere á las que saca en su primera salida el D. Valentín de *De Potencia á potencia*, cuyo papel me atreví á tocar con más aficion que conocimiento del arte.

Días lluviosos, páginas 191 á 216.

En esta seccion de las composiciones que yo llamo *otoñales*, están comprendidas, sin título especial, como se ve, y separadas sólo por números romanos, todas aquellas poesías elegiacas de carácter, en su mayor parte, que he ido escribiendo, como la introduccion lo expresa, en algunos de esos días tristes en que parece más dispuesta la imaginacion (lo está la mia por lo ménos) á ser herida por toda clase de recuerdos penosos, que nunca faltan en la vida del hombre, por bien librado que salga en este combate que empieza casi en la adolescencia y no acaba hasta la muerte.

Sólo tengo que hacer una especialísima mencion de la que lleva el número XVII.

Salta ya los jarales, página 209.

Es un breve y triste tributo á la memoria de mi inolvidable hermano Manuel, jóven capitán de infantería, que gloriosamente, honrando á su patria y á su familia, hizo la campaña de Cuba, hasta que en el ataque por sorpresa, de Holguin, en la noche del 19 de Diciembre de 1872, fué *asesinado*, como otros dignos oficiales, por los salvajes que sólo han sabido herir así á los heróicos defensores de la integridad nacional.

Permítase este recuerdo honroso á un apenado hermano, que ve ademas con profunda tristeza lo fácilmente que se olvida el martirio de los héroes de la patria, y sólo por la patria, en aquellos lejanos climas, miéntras se preconizan y premian y recuerdan las *hazañas* de los que aquí, más cerca, *improvisan carreras*, sin grandes peligros.

¡Hasta el nombre! página 234.

Esta poesía está inspirada por la profunda indignacion que

produjo la injusticia tiránica y cruel con que, hace nueve años, puso el César moscovita el sello irritante á su inicua conducta con la desdichada Polonia, á la que se empeñó en arrancar hasta el último recuerdo de su antigua y gloriosa nacionalidad. Indignada vió tambien tantas crueldades y tanto ensañamiento la Europa entera; pero con la indignacion estéril y aún vergonzosa del que se cruza de brazos ante el crimen.

En la muerte de doña María Victoria, página 236.

Con este soneto no he hecho más que rendir un sencillo y espontáneo tributo de afecto y gratitud á la memoria de una reina verdaderamente santa. Quizás el honrado y justo pueblo español, con su natural manifestacion religiosa en los funerales celebrados en Madrid y en muchas capitales y pueblos de provincia, ha sido un mudo, pero elocuente acusador, de la conciencia de muchos desagradecidos, acaso, lo que es peor, de muchos cobardes; pues encuentro ménos bajo al que no abriga sentimientos generosos que á aquel que los disfraza y esconde por miedo ó por adulacion.

La Leva, página 239.

Esta poesía, pensada y sentida en presencia del cuadro desgarrador que le sirve de asunto, del que fuí testigo con harta pena en el muelle de Santander, está dedicada á uno de mis mejores amigos, D. José María de Pereda, el escritor montañés que, con su precioso libro de *Escenas Montañesas*, se había colocado en primera línea entre nuestros escritores de costumbres, y que luégo ha venido á hacer más sólida, si cabe, su legítima reputacion con sus *Tipos* y *Paisajes* y sus más recientes *Bocetos al temple*, libros que han recibido la crítica y el público con la admiracion que merecen, saludando en el autor á una de las

ilustraciones de que más puede enorgullecerse la literatura contemporánea.

El único mérito que tiene mi *Leva* (y creo que no necesita otro mayor) es haber estimulado con sus estrofas á Pereda á que escribiese aquella *Leva*, aquel incomparable cuadro de su primer libro, cuyas principales figuras, *Tremontorio* y *El tuerto*, bastan por sí solas para acreditar de gran pintor al autor de *Botetos al temple*.

A una Taurófila, página 261.

Diré dos cosas á propósito de este soneto: que es desgraciadamente histórico, y que, por fortuna, existen muy raros ejemplares de esa mujer que tan bien disimulaba á mi vista la humanidad y la dulzura de afectos propia de los corazones femeniles.

Un eco del corazon, página 262.

Todo el mundo sabe quién es el autor, verdaderamente ilustre, de los *Ecos nacionales*, con quien hablo en esa poesía, algunos de cuyos versos fueron honrados por mi querido amigo Ventura Ruiz Aguilera, al colocarlos en una página, con otros de Carolina Coronado y Carlos Rubio, en el tomo de *Elegías*, de aquellos vigorosos arranques, tan elevados como sentidos, de la musa que más honra á la poesía lírica contemporánea.

A la memoria de Breton de los Herreros, página 265.

Esas décimas han sido leídas en los teatros de Madrid en dos aniversarios de la muerte del príncipe de los autores dramáticos contemporáneos; del insigne autor de *Marcela*, *El cuarto de hora*, y tantas otras joyas inestimables del teatro español moderno.

La hija del poeta, página 268.

En este sencillo y triste cuadrilo rindo un tributo á la memoria inmortal de mi amigo el malogrado Eguilaz, de uno de los autores dramáticos que más ardor han mostrado en la lucha contra las invasiones del pervertido gusto extranjero, y que más vivo han procurado mantener el sagrado fuego de las gloriosas tradiciones de nuestro teatro. En las dos figuras que presento abatiendo la frente sobre el lecho del moribundo, aludo á Antonio de Trueba y Diego Luque, este último, más que amigo, hermano constante del poeta, aún más allá del sepulcro.

¿Qué será de ellos? página 272.

En esa composición, sentida con todas las inquietudes del corazon de un padre, aparece el autor representando, sin haberse dado cuenta de ello, la figura del triste anciano que cierra los cuadros estacionales de la *Introducción* de este libro. Los mismos puros afectos le mueven y los mismos temores le sobresaltan. Sólo Dios puede hacer que los temores no se realicen y los afectos se vean correspondidos.

Introducción del Poema de este infierno, página 277.

No temo que se me tache de osado al dirigirme al Dante en estos tercetos con que cierro la colección, pues érame indispensable para el plan de mi poesía, con que me propongo encabezar una serie de cuadros en varios metros, en que tampoco aspiro (pues ya se comprende que sería vano é inútil) á seguir al sublime é inmortal autor de *La divina comedia*; sino sólo á ir satirizando los más salientes vicios de nuestra sociedad; algo del infernal desconcierto de esta época de lucha sorda y cruenta, en que buscamos, devorándonos á nosotros mismos

en la sombra, la luz de un sol nuevo que no acaba de dejar ver sus primeros albores.

Hago estas salvedades (y otras haría de buen grado si no temiera cansar al lector piadoso) para atajar cualquiera maliciosa interpretación de mi enunciada empresa. Y tan difícil la voy viendo, que casi dudo ya que lleguen mis fuerzas escasas á poder dar qué decir con ella á maliciosos ni á benévolo críticos.

Y aquí da fin el apéndice de mis *Cuatro estaciones*, que acaso estén destinadas á morir en su primavera, ó, como diría el poeta, á vivir sólo una mañana, *la breve vida de las rosas*.

ÍNDICE.

	PÁGINAS.
PRÓLOGO	5
INTRODUCCION:	17
PRIMAVERALES.	
Gracia de Dios.	29
En la aurora de la vida	32
La romería de San Isidro.	36
La niña del bosque.	43
El primer canto del ruiseñor	45
El último canto del ruiseñor	47
Tu rosa en la primavera.	49
Cantares.	51
La música en el matrimonio	55
Quitapesares	61
Los dos pájaros	66
Un juego de prendas.	67
El amor y el trabajo.	69
PÁJAROS y HOMBRES, poema de un desconcierto.	
Sinfonía	73
Canto primero	76
Canto segundo	86

ESTIVALES.

	PÁGINAS.
Cantares	99
Cambio de corazones	103
El corazón por limosna.	105
Tu rosa en el estío.	107
Cómo empieza y cómo acaba.	109
A una santa	110
Almoneda	111
A un diputado.	113
Don Quijote y Sancho Panza.	114
A una mujer.	118
La nueva vida.	120
Un recuerdo de Orduña.	124
Votos y rejas.	128
Un drama en un soneto.	130
Los matrimonios de Dios y los del diablo.	131
A una gran señora	136
El divino arte.	137
El duelo se despide en la iglesia.	142
El alma de Hermótimo.	143
Á solas.	149
Las Marinas.	150

OTOÑALES.

Cantares	159
A su rosa en el otoño	164
El condenado en vida	166
Á Guillermina	167

PÁGINAS.

El vestido largo	173
Iturrigorri. (Fuentes bermejas).	174
¡Gran cruz!	179
El trabajo.	180
A, e, i, o, u.	182

DÍAS LLUVIOSOS.

INTRODUCCION.	191
I. Dulce, consoladora.	193
II. Leíamos nuestros versos.	193
III. De hierro por lazos el alma oprimida.	194
IV. ¡Te recuerdo y sufro tanto!	195
V. Que eres fiel á tu amor yo no lo dudo.	196
VI. Si por lo más alto empieza.	197
VII. Alejandro, emperador.	198
VIII. Veinte años hace, sí; bien lo recuerdo.	199
IX. «¡El tirano al fin murió!»	200
X. Lejos estoy del mundo.	201
XI. Ya derrotado en Pavía.	203
XII. Tranquilo junto á mí dormía el niño.	204
XIII. Cumplirse en mí no ha logrado.	205
XIV. Puede el cuerpo caer en un abismo.	206
XV. Un genio, Napoleon.	206
XVI. Mi perdón en mis ojos iba escrito.	208
XVII. Salta yá los jarales.	209
XVIII. Yo, que no escribo dramas.	210
XIX. Tras largos años de ausencia.	211
XX. Las fieras tempestades de la vida.	212
XXI. De la entraña del monte.	213
XXII. Cuando en el firmamento.	215

INVERNALES.

	PÁGINAS.
Cantares	219
Á su rosa en el invierno	223
El día de la boda.	225
La honradez en la pobreza.	229
El placer de hacer bien	230
El espejo roto.	232
El remanso	233
¡ Hasta el nombre!	234
En la muerte de Doña María Victoria	236
El triunfo del espíritu	237
La leva.	239
La piel de la justicia	242
A Dios, recordando la epidemia de 1865	243
La casa del renegado.	245
A una taurófila.	261
Un eco del corazón.	262
A la memoria de Breton de los Herreros	265
La hija del poeta.	268
Sísifo.	271
¿ Qué será de ellos?	272
Á Balzac.	276
Introduccion del Poema de este infierno.	277
APÉNDICE.	281

MADE IN U.S.A.

STOCK No. 752

Oxford Pindaflex^{INCORPORATED}

